

CAPÍTULO X

EL SEÑOR DE ASIA

—¿Quién has dicho? —le preguntó Alejandro a Parmenión distraídamente.

—Agis. A-gis. El rey de Esparta, una insignificante ciudad de una tierra remota llamada la Hélade, que probablemente ya ni siquiera recuerdes.

—¿Y cuál es el problema con ese tal Agis?

Parmenión resopló de impaciencia antes de responder.

—El problema es que Demóstenes ha vuelto a las andadas y trata de levantar a la Hélade entera contra Macedonia. De momento, Atenas y los otros estados miembros de la Liga de Corinto se han negado a escucharlo, pero con los espartanos ha tenido más éxito. Están movilizando a sus tropas y el que los espartanos marchen a la guerra no es algo que deba tomarse a la ligera. Si logran derrotar y expulsar a alguna de nuestras guarniciones, el resto de los helenos se les unirá en la rebelión.

—Te recuerdo que son nuestros aliados.

—Y yo te recuerdo que también lo eran hasta poco antes de Queronea. ¿Acaso esta monstruosa y absurda expedición te ha hecho olvidar los asuntos de tu propia patria?

—Antípatro cuenta con los hombres y los medios suficientes para hacer frente a cualquier rebelión, y además le sobra capacidad. Él se encargará de Agis y sus espartanos, si es que no lo ha hecho ya. Y ahora te ruego que no vuelvas a molestarme con esas guerras de ratones.

El puño de Parmenión se estrelló contra la mesa con gran estrépito. A continuación, dio media vuelta y se alejó sin mediar palabra. La mirada de honda preocupación de Alejandro lo acompañó hasta la puerta.

Por aquellos días nos encontrábamos en Susa, la ciudad que hasta escasos meses antes había sido capital administrativa del imperio persa y sede oficial de la corte aqueménida. Susa se había rendido ante nuestras tropas sin intentar oponer la menor resistencia y su sátrapa en persona le había hecho entrega a Alejandro de las llaves que abrían la bóveda del tesoro: montañas de joyas, incontables arcones llenos de esas monedas de oro que los persas llaman «arqueros» y al menos cincuenta mil talentos de oro y plata en lingotes listos para acuñar; en suma, una fortuna equivalente a los ingresos conjuntos de todos los estados helenos durante varios años. También se encontraron allí las reliquias sagradas y las obras de arte que Jerjes había expoliado de los

templos atenienses durante su malograda expedición contra la Hélade. Como podéis imaginar, todas ellas fueron devueltas de inmediato a su lugar de origen.

Justo antes de que Parmenión irrumpiera en el suntuoso despacho que había pertenecido a Darío, Alejandro discutía con Demarato, el comerciante corintio, cuál sería el mejor destino para aquel descomunal tesoro. El incidente que acabo de relataros desvió momentáneamente el curso de la conversación.

—Corrígeme si me equivoco, Alejandro. Lo has ofendido a propósito, ¿verdad?

—¿Acaso hay algo que pueda escapar a la astucia de un comerciante? —respondió Alejandro afablemente—. Tienes razón. No es que los asuntos de la Hélade me hagan perder el sueño, pero mi obligación como rey es ocuparme de que las cosas estén tranquilas en nuestra retaguardia.

—Entonces, ¿a cuento de qué ese frívolo comentario sobre «guerras de ratones»?

Alejandro dudó antes de responder, mientras ponderaba a Demarato con la mirada.

—Fuiste hombre de confianza de mi padre. Gracias a tu mediación, Filipo y yo logramos resolver nuestras diferencias. Creo que puedo contar con tu discreción. ¿No es así?

—Vamos, Alejandro, desembucha.

Alejandro sonrió ante la familiaridad del corintio, pero volvió a asumir una expresión grave antes de proseguir.

—Tengo fundadas sospechas de que existe un germen de rebelión en el seno del ejército y de que Parmenión y sus hijos están a la cabeza. ¿Vas comprendiendo ahora?

—Creo que sí —respondió Demarato entornando los ojos—. Estás intentando provocarlo con el fin de poner a prueba su lealtad.

—Exacto. O bien para que la rebelión aflore cuanto antes, ahora que todavía sostengo firmemente las riendas del ejército. Si dejo pasar el tiempo, la situación podría escapárseme de las manos. Por otro lado, sé desde hace días que Antípatro logró aplastar a los espartanos en las cercanías de Megalópolis, en el Peloponeso, y que el rebelde Agis murió en la refriega. Eso ocurrió por las mismas fechas que la batalla de Gaugamela. Como puedes ver, no tenía motivos de preocupación.

—Pero, ¿cómo...?

Alejandro se llevó el dedo índice a los labios.

—Silencio, Demarato. Un rey debe tener sus canales privilegiados de información, a los que incluso sus generales deben ser ajenos. Pero, ya sabes, eso ha de conservarse en secreto.

—Muy inteligente. Pero volviendo a la conversación anterior, te repito que sería un tremendo error acuñar todo el oro y la plata del tesoro y ponerlos en circulación.

—Pero, ¿por qué, Demarato? Con todo ese dinero podríamos terminar con las penurias del pueblo. Me resulta indignante ver cómo la gente muere de hambre durante una sequía o tras una mala cosecha, mientras en los palacios de los reyes se amontonan tesoros que bastarían para alimentarlos a todos.

—Alejandro, tu genio como general está fuera de toda discusión. Posees conocimientos que harían morir de envidia a muchos filósofos, pero en asuntos financieros, me temo que Aristóteles hizo un pobre trabajo contigo. Dime, ¿por qué usamos los metales preciosos para acuñar moneda?

—Porque son valiosos —respondió Alejandro, a quien las afirmaciones de Demarato habían hecho fruncir el ceño.

—Exactamente, son valiosos, por lo tanto una moneda de oro o plata, un objeto pequeño y fácil de transportar, puede intercambiarse por una considerable cantidad de bienes. Lo que parece haber olvidado es que el valor de esos metales viene determinado precisamente por su escasez y las grandes dificultades con que son extraídos. Si de la noche a la mañana se doblara o triplicara la cantidad de oro y plata en circulación, tal y como tú pretendes hacer, ¿qué piensas que ocurriría?

Alejandro se rascó la barbilla y mostró una expresión contrita.

—Tendrás que perdonarme, Demarato, he sido un ingenuo. Si yo hiciera eso, el valor del dinero caería proporcionalmente a la cantidad de nueva moneda en circulación. El precio de los alimentos y los artículos más básicos se dispararía, con lo que los pobres se encontrarían aún más empobrecidos.

—Y los ricos seguramente acrecentarían sus fortunas mediante la especulación y la usura. Habría hambre y escasez, y muchos hombres libres se convertirían en esclavos a causa de sus deudas. Pero no sólo eso. El sistema monetario se derrumbaría. Tendríamos que regresar al trueque como modo de intercambio económico. En fin, una catástrofe de magnitudes mayores que cualquier guerra a gran escala. De todos modos, permíteme felicitarte: no es usual encontrar a un joven dispuesto a reconocer sus errores, y menos aún cuando se encuentra en una posición tan encumbrada como la tuya.

—Por fortuna tengo todavía tiempo para aprender —dijo Alejandro sonriendo—. Y además he sabido rodearme de buenos amigos para asesorarme. Ten la bondad de acompañarme ahora, he de recibir a los dignatarios persas. Quizá tu presencia evite de nuevo que cometa una estupidez.

Alejandro y Demarato atravesaron los innumerables salones y corredores del palacio de los reyes persas, camino de la gran sala de audiencias. Hasta que Ciro el Grande forjó el imperio, los persas habían sido un pueblo tosco e inculto que habitaba las tierras altas al sur del Irán, meros vasallos de los reyes medos. El suyo era un mundo primitivo de clanes y tribus, hambre y superstición, muy similar a la

Macedonia anterior a Filipo. Ciro se las ingenió para convertirlos en un pueblo unido y les mostró el camino que los llevaría a convertirse en los dueños de Asia. De este modo, Persia había conquistado las antiguas civilizaciones de Media, Babilonia y Egipto, así como las cultas ciudades helenas de Asia Menor. Sin embargo, como había ocurrido en numerosas ocasiones anteriores, los persas se habían dejado conquistar por la superior cultura de sus nuevos súbditos. Aquel gran palacio constituía un inmejorable ejemplo de lo que acabo de relataros: en los relieves de cerámica de sus muros se observaba la destreza insuperable de los artífices babilonios; los bosques de columnas multicolores que aguantaban los techos recordaban a las que pueden admirarse en los templos y palacios de Egipto; la armónica distribución de los espacios y la elegancia de las líneas eran sin duda fruto del genio de un ejército de arquitectos helenos. En cuanto a la riqueza y lujo de los materiales, apenas cuento con palabras para describirla: maderas de cedro y ébano, mármol, alabastro, esmalte, marfil, turquesa, lapislázuli y, por supuesto, plata y oro. Si existen hombres que habitan lugares como éste, me pregunto qué aspecto tendrán las residencias de los dioses.

Los techos de la Apadana, la gran sala de audiencias, se perdían en las alturas; sus muros, adornados con un gran friso de cerámica que representaba a la guardia de los Inmortales, apenas si podían adivinarse en la distancia. La plana mayor del ejército macedonio aguardaba al rey a ambos lados del trono dorado que había pertenecido a Darío, situado entre dos enormes columnas cuyos capiteles tenían la forma de dos toros unidos por el torso. Allí estaban Hefestión, Tolomeo, Seleuco, Pérdicas, Crátero, el romano Camilo y el resto de los compañeros y comandantes, todos ellos luciendo sus mejores armaduras y las coronas de honor recibidas por su arrojo en el combate. También lo aguardaban junto al trono los oficiales más veteranos, entre ellos Clito el Negro, quien recientemente había sido ascendido a general. A Parmenión y sus hijos, sin embargo, no se les veía por ningún lado.

Cuando Alejandro hizo acto de presencia, todos contuvieron una exclamación de asombro. El rey no vestía sus ropas de campaña habituales. En su lugar, lucía una túnica blanca orlada en púrpura y un cinturón constelado de piedras preciosas del que pendía una cimitarra de finísima factura. Iba, además, tocado con la *kyrbasia*, la tiara cónica de los reyes de Persia y, en torno a ella, la diadema, una cinta blanquiazul que en esa parte del mundo es un emblema de la realeza.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Crátero—. Por un instante te confundí con ese gusano de Darío. ¿A qué viene ese disfraz?

—Vamos, vamos —dijo Alejandro de buen humor—. ¿Acaso no soy ahora el Gran Rey de Persia a punto de recibir en audiencia a los grandes del imperio? Siempre he pensado que hay que saber adaptarse a las costumbres locales, y el protocolo de esta corte dicta que el rey ha de vestirse así en sus apariciones públicas.

Alejandro se aproximó al trono entre los murmullos de algunos de los concurrentes y las sonrisas de otros. Todos ellos sonrieron, sin embargo, cuando el rey tomó asiento y comprobó que sus pies no llegaban a tocar el suelo.

—¡Vaya! —dijo Alejandro tras soltar una carcajada—. Me siento como un niño pequeño sentado en el sillón de su padre. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que Darío es al menos dos palmos más alto que yo?

—Tal vez esto te sirva, oh Gran Rey —dijo Pérdicas poniendo bajo los pies de Alejandro una hermosa mesita de plata que se encontraba junto al trono. Cuando el rey se disponía a felicitarlo por su ocurrencia, se oyeron sollozos desde un oscuro rincón de la sala.

—Tú, el que llora, acércate y dime en qué puedo ayudarte —dijo Alejandro en voz alta.

Un joven eunuco del servicio de palacio se aproximó tímidamente y se postró ante Alejandro. Su rostro parecía paralizado por el terror.

—Os ruego que me perdonéis —dijo el muchacho en un claro heleano, aunque con voz temblorosa—. Vos sois ahora mi señor, pero la devoción que aún siento por vuestro predecesor me ha hecho estallar en lágrimas al ver que usabais para apoyar los pies la mesa en la que vi a Darío comer en muchas ocasiones.

Alejandro se sintió conmovido por la nobleza y sinceridad de aquel muchacho.

—Desde el mismo momento del nacimiento, las Moiras tejen los destinos de los hombres, pero a nadie le es revelado el dibujo que lucirá el tapiz de su vida ni el momento en que el hilo será cortado. Hoy soy yo quien se sienta en este trono, pero mañana el destino se podría volver contra mí. Aun sin pretenderlo, he cometido un gran pecado de arrogancia. Llévate esta mesa, muchacho, y quédatela como premio a tu lealtad.

Muchos de los presentes protestaron y le rogaron a Alejandro que mantuviera sus pies sobre la mesa como un símbolo de su victoria sobre Persia. No obstante, el rey se negó a reconsiderar su decisión y ordenó que diera comienzo la audiencia.

—Bonito discurso —le susurró Hefestión al oído—. El mismo Homero no lo habría superado. Veo que estás dispuesto a tejer toda una leyenda en torno a tu persona.

—Y además así Calístenes tendrá algo hermoso que narrar aparte de esas aburridas y descabelladas crónicas bélicas. De todas formas, te confieso que en ocasiones como ésta desearía que mis padres me hubieran hecho un poco más alto. ¡Ah! Aquí llegan ya los nobles persas.

Una numerosa comitiva se aproximó al trono con gran solemnidad. Eran los representantes de las Siete Familias, lo más granado de la aristocracia persa. Todos ellos iban recubiertos de costosísimas ropas y adornados con deslumbrantes alhajas. Ante la presencia de Alejandro, lejana y magnífica entre nubes de fragante incienso, aquellos

venerables personajes se llevaron la mano derecha a los labios, se hincaron de rodillas y, por último, se tumbaron de bruces sobre el suelo. El rey aceptó aquel gesto de reverencia con gran naturalidad. Demarato comenzó a derramar lágrimas y a musitar una plegaria de agradecimiento a los dioses por haberle permitido vivir para ver al hijo de Filipo sentado en el trono de los reyes de Persia. Algunos de los macedonios, en cambio, expresaron de forma bien audible el escándalo y disgusto que les inspiraba aquella escena.

Alejandro no es hombre a quien le agrade permanecer mucho tiempo en el mismo lugar. Cuando aún no habían transcurrido dos meses desde nuestra llegada a Susa, dio orden de que el ejército se pusiera de nuevo en marcha, esta vez hacia el núcleo original de los territorios persas. Sisigambis y sus nietos se quedaron en el palacio, cómodamente instalados entre los fabulosos lujos del harén. La anciana aristócrata fue incapaz de reprimir su emoción cuando llegó el momento de la despedida, especialmente al oír a Alejandro prometer que, cuando por fin capturara a Darío, trataría a su hijo con honor y clemencia. Barsine, que lucía ya con orgullo su abultado vientre, decidió en cambio acompañarnos hasta al menos la siguiente etapa de la expedición.

Entre tanto, la relación entre *Ishtar* y yo había continuado con ininterrumpida felicidad para ambos, que se acrecentó todavía más desde el día en que supe que iba a darme un hijo. Alejandro acudió de inmediato a felicitarme por la noticia.

—De modo que tú también vas a ser padre, viejo amigo. Mis palafreneros encuentran asombroso que un caballo de tu edad sea todavía fértil. Yo les he dicho que no existe ningún motivo de asombro en ello. Si aún puedes volar a través del campo de batalla, con más motivo podrás engendrar hijos.

Me habría gustado decirle que, si yo todavía mantenía intactas mis energías, era sobre todo gracias a él, a sus cuidados y su cariño, a la infinita vitalidad que era capaz de transmitirnos a todos. De todas formas, supongo que mi mirada expresaba todo eso sin necesidad de palabras.

—¿Ha tenido alguna vez un caballo un amo mejor? —me preguntó *Ishtar* cuando Alejandro se marchó a ultimar los detalles de nuestra inminente partida.

—No —le respondí sin vacilar.

La marcha desde Susa hasta Persépolis no estuvo exenta de peligros. Primero tuvimos que reducir a la tribu de los uxios, quienes controlaban los pasos de montaña desde tiempo inmemorial y a los que los mismísimos reyes de Persia habían tenido que pagar grandes sumas

en concepto de peaje. Sin embargo, fue en las Puertas Persas donde nos topamos con auténticas dificultades.

Ariobarzanes había comandado un batallón de infantería persa en la batalla de Gaugamela. Era un bravo y orgulloso guerrero, a quien la cobarde fuga de Darío había sumido en la vergüenza. Su sentido del honor hacía que la mera idea de la rendición le resultara inconcebible. Decidió, por lo tanto, reagrupar a sus hombres y buscar un lugar donde hacerse fuerte y poder atacarnos de nuevo desde una posición ventajosa. Por desgracia para nosotros, aquel lugar existía: las Puertas Persas es el nombre con que se conoce un estrecho desfiladero cuyas paredes, cortadas a pico, parecen perderse entre las nubes. Por él se accede a la región montañosa que los persas llaman Fars y los helenos Persis, donde se encuentra la ciudad de Persépolis. Ariobarzanes dispuso de meses para fortificar las cimas a ambos lados la garganta. Después sólo tuvo que aguardar pacientemente nuestra llegada.

Los recuerdos de aquel episodio acuden a mí envueltos en negras brumas, como las escenas de una pesadilla. Alejandro y yo íbamos a la cabeza de las tropas, que marchaban formando una estrecha columna entre las paredes del desfiladero. Era una magnífica mañana de otoño. El sol brillaba radiante en un cielo sin nubes, aunque el viento fresco que soplaba de las montañas anunciaba ya la proximidad del invierno. Los hombres se sentían optimistas y descansados. Algunos batallones se entretenían marcando el paso al ritmo de un canto guerrero, como si estuvieran participando en un desfile. No se habían tomado precauciones especiales.

Debíamos de haber alcanzado la mitad del desfiladero cuando los horrores del Tártaro se desataron sobre nosotros. Al principio oímos un débil rumor, similar al de las olas del mar. Después observamos que el aire se llenaba de polvo. Al levantar la vista, vimos un enorme alud que se precipitaban sobre nuestras cabezas desde la empinada ladera. El fragor de las rocas ahogó los gritos de horror de los hombres y las frenéticas órdenes de los oficiales.

—¡La tortuga! —aulló Alejandro—. ¡Cubriós con los escudos!

Fue inútil. Las enormes piedras habían comenzado ya a caer, derribando a soldados de a pie, jinetes y caballos. Mientras algunos soldados intentaban volver sobre sus pasos, otros quisieron ponerse a salvo lanzándose en una loca carrera hacia el frente. Hombres que corrían en direcciones opuestas colisionaban y se enzarzaban en frenéticas peleas para abrirse paso. Muchos perecieron bajo los cascos de los enloquecidos caballos o cayeron a tierra al tropezar con los cadáveres. Mientras tanto, las rocas continuaban precipitándose desde lo alto, arrastrando tras ellas un diluvio de arena y grava que nos sofocaba e impedía la visión. Todavía no comprendo cómo Alejandro y sus oficiales lograron imponer disciplina entre aquel caos. Tal vez el esmerado entrenamiento de los hombres les hizo obedecer instintivamente las

órdenes, pero lo cierto es que aquel «sálvese quien pueda» comenzó a parecerse a una retirada. Atrás quedaron los cuerpos desfigurados de muchos valientes, para los que aquel desfiladero se había convertido en una sepultura.

Los hombres plantaron el campamento en medio de un consternado silencio, roto tan sólo por los gritos de dolor de los heridos. Los que hasta ese mismo día se creían invencibles, habían caído en la más vieja de las trampas. Alejandro parecía un cadáver andante. Se hallaba cubierto de polvo de pies a cabeza, y sus ropas estaban manchadas por la sangre de los heridos que había ayudado a evacuar. Sin embargo, había resultado ileso. «Ha sido culpa mía», repetía sin cesar. Algunos hombres se acercaron para intentar darle ánimos, pero el rey los alejó agitando una de sus manos, mientras se cubría el rostro con la otra.

—Jamás podremos pasar por ahí —le dijo Parmenión—. Te sugiero que busquemos una ruta alternativa.

—¡Ni pensarlo! —respondió Alejandro tajante—. No dejaré los cuerpos de mis hombres expuestos al hambre de los buitres y los chacales, ni sus espíritus sin venganza. Dame algún tiempo para pensar cuál será nuestro próximo paso.

La respuesta se la dio uno de los prisioneros que nos acompañaban como guías, quien, a última hora de la tarde, insistió en hablar con el rey.

—Fui pastor en estas tierras durante muchos años. Conozco estas montañas como la palma de mi mano. Creo que puedo ayudarte.

—¿Quieres decir que existe un medio de llegar a la posición del enemigo y atacarlo por sorpresa? —preguntó Alejandro presa de gran agitación

—Existe un sendero, sí, pero es tan escarpado y peligroso que difícilmente podría ser transitado por un grupo numeroso de hombres armados.

—Tú muéstrame el camino. Mis hombres y yo nos encargaremos del resto.

Alejandro se dispuso a partir al frente del *agema*, el batallón real de los hipaspistas, formado por los hombres más duros y experimentados de toda la infantería. Crátero recibió el encargo de permanecer en el campamento y cuidar de que éste mostrara un aspecto de normalidad a los ojos de cualquier observador enemigo. El resto de los compañeros del rey se le unieron en la peligrosa misión.

—Llevaremos armas ligeras —ordenó Alejandro—. Con equipo pesado sería imposible ascender por esos peñascos.

—Por fin de vuelta a la acción —dijo Tolomeo sonriendo—. Todo esto me recuerda el episodio de Leónidas en las Termópilas, aunque en esta ocasión son los persas los que llevarán las de perder⁸.

⁸ Tolomeo se refiere al episodio de la heroica resistencia del rey Leónidas y sus trescientos espartanos en el paso de las Termópilas. Se cuenta que un traidor heleno llamado Efiltes mostró a las fuerzas de Jerjes los senderos de montaña que les permitieron cercar y aniquilar a los espartanos.

Al caer la noche, vi a Alejandro y a su pequeño grupo alejarse del campamento y perderse entre la espesura. El hecho de no poder acompañarles llenaba mi corazón de zozobra.

Su recorrido nocturno fue tan arriesgado como el prisionero persa había anunciado, o quizá mucho más. Tuvieron que surcar senderos que apenas merecían ese nombre, por los que ni las cabras se habrían aventurado. En algunos tramos, el camino ascendía por laderas tan empinadas que se vieron obligados a colgarse los escudos y las armas a la espalda y emplear cuerdas para izarse hacia arriba. La oscuridad y los arbustos espinosos dificultaban la marcha hasta convertirla en una empresa casi insalvable. Conforme ascendían, la nieve y el frío hicieron acto de presencia, amenazando con paralizar las extremidades y la voluntad de los soldados. Además, según me relató Alejandro, el terreno era tan traicionero que apenas existía un lugar donde se pudiera pisar con absoluta seguridad. Algunos hombres vieron cómo lo que parecía una sólida roca se desintegraba bajo sus pies y eran engullidos por los abismos; sin embargo, ni uno solo dejó escapar un grito que pudiera delatar la posición de sus compañeros. Alejandro los alentó con palabras de ánimo y con su propio ejemplo. De este modo, la mayoría de ellos alcanzó su meta con las primeras luces de la mañana.

El campamento de Ariobarzanes estaba despertando. Ocultos de la mirada atenta de los centinelas, Alejandro y sus hombres observaron que las primeras fogatas comenzaban a humear. Probablemente ninguno de los persas tuvo tiempo para comer su desayuno. Los macedonios cayeron sobre ellos como un rayo. Las montañas devolvieron los ecos del acero y los gritos de dolor. Muchos fueron los enemigos que siguieron el mismo camino que las rocas que habían arrojado el día anterior. Aunque se hicieron muy pocos prisioneros, Ariobarzanes estaba entre ellos.

Alejandro, jadeante y con la espada tinta de sangre aún en la mano, contempló asombrado al joven noble persa.

—Yo te conozco. ¿Dónde te he visto antes?

—En Pela, hace muchos años —respondió el persa muy erguido a pesar de estar maniatado a la espalda—. Más de una vez fuimos a cazar jabalíes juntos.

—¡Claro! Eres uno de los hijos de Artabazo. ¿Está tu padre contigo?

—Mi padre está en Ecbatana, al lado del Gran Rey, cumpliendo con su sagrada obligación. Yo he permanecido aquí, cumpliendo con la mía.

—Nos has causado un gran daño, pero sé valorar la lealtad. En circunstancias parecidas, yo habría hecho probablemente lo mismo.

—¿Significa eso que no vas a ordenar mi ejecución?

—He de admitir que ése era mi propósito, pero ahora que te he reconocido me siento incapaz de hacerlo. Eres libre de unirte a noso-

tros o de ir donde te plazca. Y ahora que lo pienso, en mi campamento hay alguien que seguramente se alegrará de verte.

Los palacios y los templos de Persépolis se divisaban ya en la distancia, brillando sobre la falda de las colinas como las joyas de una diadema real. Darío y Jerjes habían empleado enormes medios y esfuerzos en su construcción, a pesar de lo cual, su situación relativamente alejada de las grandes metrópolis del imperio había impedido que se convirtiera en la gran capital que habían soñado. Allí tenían lugar las grandes ceremonias de Estado; allí se daba sepultura a los reyes, pero era en Susa, Ecbatana o Babilonia donde se movían realmente los hilos del poder.

Los ecos de nuestras victorias y gestas nos habían precedido. El sátrapa local no fingió siquiera un amago de resistencia. Como prueba de buena voluntad, liberó a los cuatro mil prisioneros helenos que había en la ciudad. Algunos de ellos habían sido capturados durante la primera expedición que comandaran Parmenión y Atalo; otros, los más ancianos, fueron apresados cuando luchaban como mercenarios en aquella revuelta de los sátrapas tras la cual Artabazo tuvo que buscar asilo en Macedonia. La decisión de dejarlos ir a nuestro encuentro demostró ser un tremendo error.

Nos topamos con la columna de prisioneros cuando aún nos encontrábamos a varios estadios la ciudad. Desde la distancia, nos extrañó la lentitud y dificultad con que avanzaban. Tampoco oímos los esperados hurras y gritos de entusiasmo por su liberación. Al aproximarse, el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos sólo se podría describir como el más absoluto de los horrores: a todos ellos los habían marcado con hierros candentes y a la mayoría les habían arrancado la nariz y las orejas. Pero no acababan ahí sus mutilaciones. Durante su cautiverio, sus amos persas habían decidido convertirlos en meras herramientas, privándolos de todo aquello que no fuera imprescindible para su labor: a los trabajadores manuales, contables y escribientes les habían cortado una o ambas piernas; los encargados de transportar fardos a sus espaldas carecían de manos; sólo los dioses saben a qué se dedicaban los que, en lugar de ojos, mostraban dos cuencas negras y vacías. Aquel ejército de fantasmas desfiló en absoluto silencio hacia nosotros. Muchos se veían obligados a apoyarse en sus compañeros, otros eran transportados sobre improvisadas parihuelas, y también los había que avanzaban cogidos a largas cuerdas, como ristras de cadáveres ambulantes, y eran guiados por alguno que todavía conservaba la vista.

Al principio, Alejandro contempló el macabro espectáculo con el rostro congelado. Después noté que inclinaba la cabeza y que sus hombros comenzaban a agitarse. Al cabo de unos instantes, todos oímos el

salvaje grito del rey, semejante al de una fiera herida. El dolor era tan hondo que algunos de los soldados comenzaron a lanzar carcajadas, tal y como he visto hacer a muchos hombres en momentos de extrema tensión. Alejandro desenvainó su espada y realizó con ella un gráfico ademán: quien se atreviera a reír sería muerto al instante por su propia mano. Las risas fueron inmediatamente sustituidas por un horroizado silencio.

Entretanto, la cabeza de la fantasmal columna había alcanzado ya nuestra posición. Un hombre terriblemente mutilado, un triste montón de huesos y pellejo, renqueó penosamente hasta detenerse ante nosotros.

—Que los dioses te den larga vida, rey. Me llamo Euctemón de Cimea y fui capturado cuando luchaba a las órdenes de Parmenión. Antes de eso estuve en Tracia, en Tesalia y en Queronea, bajo el mando directo de tu padre. Recuerdo haberte levantado en mis brazos cuando aún eras un niño, claro que, por aquellos días, yo todavía tenía brazos. Vengo a hablarte en nombre de mis compañeros.

Alejandro fue incapaz de responder al saludo del anciano hoplita, a quien recordaba como un gigante cincelado en hierro. Apenas pudo reunir fuerzas para asentir con la cabeza e invitarlo así a seguir hablando.

—Para todos nosotros, la vida se ha convertido en un castigo. Lo único que reclamamos es el privilegio de una muerte honorable y un funeral decente. Queremos que las espadas de tus soldados, de nuestros antiguos compañeros de armas, pongan fin ahora a nuestros sufrimientos.

El estrépito del acero desenvainado recorrió las filas. Alejandro se giró sobre mí y les suplicó a los hombres paciencia agitando las manos.

—Pídeme lo que quieras, pero no accederé a que seáis sacrificados como animales. ¿No preferiríais regresar a la Hélade cargados de riquezas y honores en lugar de morir en el mismo escenario de vuestra esclavitud?

Euctemón solicitó tiempo para discutir con sus compañeros la oferta del rey. No fue necesario esperar mucho.

—Nos ofreces el regreso al hogar, a nosotros que nos avergonzamos de ser vistos a la luz del día. ¿Qué nos aguarda allí? Nuestras familias nos dan por muertos desde hace años. Nuestras esposas habrán encontrado a otros compañeros. Los hijos que dejamos serán incapaces de reconocer a sus padres en estos despojos. Nuestros vecinos y amigos girarán la cabeza y harán como que no nos ven. Seremos objetos de la burla de todos o, lo que es peor, de su compasión. No, rey, no aceptamos tu oferta. Si no accedes a poner fin de una vez por todas a nuestros sufrimientos, danos al menos un lugar donde podamos vivir ocultos de la vista del mundo, donde las mutilaciones de nuestros compañeros sean un consuelo para nuestra propia deformidad. Danos

un techo bajo el que guarecernos, un pedazo de tierra que cultivar, semillas y animales. Con eso será suficiente.

Alejandro habló entonces con la voz distorsionada por la emoción:

—Tendréis vuestro propio pueblo, con una cómoda casa y esclavos para cada uno de vosotros. También recibiréis tres mil dracmas por cabeza, ropas y enseres en abundancia, cuatro bueyes, cincuenta ovejas, cien medidas de trigo, todo lo que necesitéis. Mis hombres comenzarán a trabajar hoy mismo. Y ojalá los dioses quieran concederos la paz que os ha sido negada.

Euctemón agradeció la generosidad del rey con una reverencia. Después volvió a reunirse con sus compañeros. Alejandro los contempló mientras se alejaban, todavía incapaz encontrarle sentido a tanta crueldad. Lo oí mascullar algo entre dientes, aunque no pude comprender sus palabras. Acto seguido, convocó a sus oficiales.

—Sabéis que siempre he detestado los actos de pillaje, pero con Persépolis vamos a hacer una excepción. Decidles a vuestros hombres que disponen de un día para saquear la ciudad. Que se evite la violencia en la medida de lo posible, sobre todo contra las mujeres. Tampoco quiero incendios. —Sus últimas palabras fueron pronunciadas en un susurro, pero el tono que les imprimió hizo que se me helara la sangre—. Ése es un privilegio que reservo para mí.

Dudo mucho que los soldados se tomaran al pie de la letra la prohibición de actos de violencia. Durante todo un día, las legendarias riquezas de Persépolis sufrieron un minucioso saqueo. Muy pronto los muros de los palacios estaban desnudos y sus primorosos relieves reducidos a añicos. Los soldados derribaron las grandiosas estatuas de Darío y Jerjes y las golpearon con saña hasta satisfacer su sed de venganza. En cuanto a la población civil, fue tratada con una brutalidad espantosa. Aun desde la distancia, observé escenas que preferiría no haber visto jamás, escenas que no puedo evocar sin escalofríos y que me resisto a relatar a fin de no revivir aquella pesadilla. Baste decir que, cuando penetramos en la ciudad, el silencio y la desolación se habían adueñado de las calles. Lamento tener que mencionarlo, pero recuerdo que vi a Alejandro sonreír complacido.

También recuerdo que el rey se detuvo ante una gigantesca estatua de Jerjes, que yacía ahora en tierra con el rostro desfigurado. Alejandro contempló durante unos instantes la imagen del monarca persa que había invadido la Hélade y saqueado la ciudad de Atenas ciento cincuenta años antes.

—Ahora estamos en paz —dijo antes de ordenarme proseguir.

En un primer momento pensé que sus palabras iban dirigidas a la estatua, pero los acontecimientos posteriores me mostraron que estaba equivocado. Creo que en realidad se dirigía a los estados miembros de la Liga de Corinto. Con la toma de Persépolis, Alejandro consideraba concluida la misión que los aliados helenos le habían encomendado. El futuro, en consecuencia, le pertenecía exclusivamente a él.

Pasamos el invierno en aquella ciudad espectral, contemplando cómo la nieve se amontonaba sobre las cumbres de las montañas. Los días transcurrieron entre los preparativos para la próxima campaña y el recuento de las riquezas halladas en el palacio real, que arrojó una cantidad tres veces superior a lo obtenido en Susa. Alejandro comenzó a repartir dinero y objetos preciosos con una prodigalidad que rayaba en lo estrafalario: los simples soldados tuvieron que comprar esclavos para que transportaran su parte del botín; los oficiales y generales se encontraron convertidos en potentados de la noche a la mañana. Nadie discutía ya la conveniencia de proseguir con las conquistas, nadie salvo Parmenión.

—Debes de estar muy satisfecho de ti mismo. Los hombres ya no hablan del rey Alejandro, sino del dios Alejandro. Imagino que no tenías suficiente con ser divinizado en Egipto y ahora quieres que también te adoren tus propios compatriotas. Pero ¿no encuentras que llenar sus bolsas hasta rebosar es un medio un tanto ruin de lograrlo? Y luego está esa majadería de vestir ropas persas. Has de saber que muchos lo encontramos ofensivo.

—Vamos, Parmenión. Me conoces lo suficiente como para saber que el asunto de mi divinidad me trae sin cuidado. Además, en Asia siempre se han tributado honores divinos a los monarcas, y soy de la opinión de que interferir con las costumbres locales es plantar la semilla de la rebelión.

—Ya. Te felicito por tu fino olfato político. Nada tengo que objetar a que los bárbaros te adoren. ¿A quién le importan los bárbaros? Pero me han llegado rumores de que pretendes que se te rinda culto en la Hélade. ¿Es eso cierto?

Alejandro respondió con un obstinado silencio.

—¿Acaso has perdido el juicio? —prosiguió el general enardecido—. ¿Pretendes tratar a los helenos igual que a los esclavos asiáticos?

—Calma, Parmenión —dijo Alejandro suavemente y tal vez con un punto de contrición en su voz—. No sería la primera vez que en la Hélade se dedican templos a un mortal.

—¡Pero sí a un mortal que aún está vivo y ni siquiera ha cumplido los treinta años, maldita sea! —Parmenión hizo una pausa antes de proseguir a fin de que su agitada respiración se acompasara—. Y mientras tanto todo este asunto te está convirtiendo en el hazmerreír de la Hélade. ¿Sabes lo que Demóstenes anda diciendo en Atenas? ¿Lo sabes? —Alejandro negó con la cabeza—. Pues dice: «Si Alejandro quiere ser un dios, que lo sea. Que sea hijo de Zeus, y si le place, también de Poseidón».

El rey no pudo reprimir una carcajada.

—Nunca le supuse tanto ingenio a esa rata de Demóstenes. Pero te diré algo: si a él no le importa más a mi favor. Eso significa que la disposición no será mal recibida. Pero incluso si no fuera así, dudo mucho que esté en mano de los helenos hacer nada por evitarlo. Antípatro los tiene a todos a buen recaudo.

—Supiste antes que yo la noticia de la derrota de los espartanos, ¿no es así? ¿Qué te ocurre, Alejandro? ¿Qué he hecho yo para perder tu confianza? En Macedonia, el deber y el derecho de los generales es exponerle al rey su opinión, incluso cuando dicha opinión contradiga a la del monarca.

—Así es, en efecto... en Macedonia.

—¿Quieres decir que vas a imponer tu criterio en contra de los generales y del ejército?

—Pregúntales a los soldados lo que piensan al respecto. Tal vez el problema no sea que yo deseo imponer mi criterio, sino que no estoy dispuesto a plegarme a tus deseos y los de tus partidarios.

Parmenión se las arregló para reprimir su ira antes de continuar:

—¿Cuándo acabará esta locura, Alejandro? Creo que merezco al menos conocer tus planes.

—En primavera iremos a Ecbatana y capturaremos a Darío. Con eso daré por concluida la primera fase de esta expedición.

—¿La primera fase, has dicho? ¿Significa eso que esta «gloriosa campaña punitiva panhelénica» no concluirá en la Media, que no piensas dar después la orden de regresar a casa?

—Ya te he dicho cuanto necesitas saber. Ahora vete. Tengo trabajo.

Alejandro aguardó la airada respuesta de Parmenión, pero ésta no se produjo. El general ocultó su ira bajo una máscara de impasibilidad y se dedicó a acariciar el pomo de su espada durante unos instantes. Una vena latía rítmicamente en su sien izquierda. Después, sin añadir una sola palabra, dio la vuelta y se alejó con enérgicos pasos. Al rey no le costó gran esfuerzo advertir que acababa de tomar una decisión irrevocable. También supo sin ningún género de dudas lo que él tendría que hacer cuando el momento de actuar llegara. Y tuvo la certeza de que lo haría sin vacilar. Aquel pensamiento le arrancó un gemido. Los hombres que hacían guardia oyeron sus lamentos llorar desde el otro lado de la pesada puerta.

Sólo ocurrieron un par de acontecimientos dignos de mención durante aquel invierno del tercer año de la 112.^a olimpiada⁹. El primero de ellos fue la toma de Pasargadas, la ciudad sagrada de los persas fundada por Ciro el Grande. A Alejandro le bastaron mil jinetes y un pe-

⁹ Año 330 a. de C., han transcurrido tan sólo seis años desde el asesinato de Filipo y la ascensión de Alejandro al trono y cuatro desde la batalla del río Gránico.

queño destacamento de soldados de infantería para ocupar la ciudad, que de hecho nos fue entregada por su sátrapa sin necesidad de usar la violencia. Los restos mortales de Ciro reposaban en un sarcófago de oro depositado en el interior de un magnífico mausoleo, pero lo que más nos llamó la atención fue el epitafio que el primer rey aqueménida había ideado para su sepultura:

*Yo soy Ciro, el que conquistó este imperio para los persas.
No me envidies por lo único que me queda:
el ínfimo puñado de tierra que cubre mi cuerpo.*

Alejandro meditó largamente ante la tumba de Ciro, que había sido, junto con Aquiles, uno de los grandes héroes de sus sueños infantiles.

—Un epitafio excesivamente humilde para el más excelente de los hombres —dijo durante el viaje de regreso a Persépolis—. Tanto Heródoto como el ateniense Jenofonte escribieron sobre él. El primero narra cómo, tras vivir una oscura infancia en la que se creía hijo de un cuidador de bueyes, logró hacer valer sus derechos al trono de Persia y derrotar a los opresores medos. Aquello puso los cimientos de un imperio que se extendería desde la India hasta Asia Menor, un imperio conquistado no sólo gracias a su genio militar, sino también a la grandeza de su espíritu. Jenofonte, por su parte, lo describe como el más hermoso, el más bravo, el más generoso y el más ávido de gloria de los reyes. Yo siempre he considerado a Ciro un sublime ejemplo para cualquier gobernante, y he rogado a los dioses para que mi vida se asemeje siquiera lejanamente a la suya.

El segundo de los acontecimientos que he mencionado ocurrió la misma noche de nuestro retorno a Persépolis, una noche terrible que jamás se borrará de mi memoria. Recuerdo que estaba relatándole a mi *Ishar* lo acaecido durante la reciente expedición cuando mi señor entró en las caballerizas. Su aparición nos sorprendió por lo avanzado de la hora, aunque aún más nos sorprendió la expresión de dolor que mostraba su rostro. Me alarmé terriblemente. Por mi cabeza desfilaron imágenes de las peores desgracias, pero ni siquiera así pude figurarme la magnitud de lo que acababa de acontecer.

—Barsine ha muerto, Bucéfalo —me dijo con la voz quebrada por el llanto—, y también el niño. Todo ha ocurrido tan deprisa que aún no puedo creer que no haya sido un mal sueño. Estaba reunido con mis compañeros cuando me avisaron de que se habían presentado los dolores del parto. Corrí hacia sus aposentos. Filippo, el médico, me rogó que aguardara fuera. La grave expresión de su rostro me hizo temer lo peor. No tuve que esperar mucho. Volvió a aparecer al cabo de unos momentos. Me dijo algo sobre la voluntad de los dioses. Después me comunicó la terrible noticia: el niño había nacido muerto, estrangula-

do por su propio cordón umbilical. Barsine se encontraba en un estado de extrema debilidad. Había perdido mucha sangre. Al saber que su hijo no había sobrevivido al parto, decidió dejar de luchar y reunirse con él. Entré en el aposento cuando todo había acabado. Filipo se desahacía en disculpas. Pobre hombre, estaba aterrorizado por las posibles represalias. Lo tranquilicé y le dije que me dejara solo. Allí me aguardaban los dos, juntos e inmóviles. Barsine estaba pálida como un fantasma, pero incluso más hermosa que en vida. El niño yacía sobre el pecho desnudo de su madre. Reparé en el tono azulado de su pequeño cuerpo, perfecto en todas sus partes, en el horrible contraste que ofrecía sobre el blanco de la piel materna y el rojo profundo que teñía las sábanas. Se habría llamado Heracles, como mi antepasado, y habría reinado sobre el mayor imperio que ha visto el mundo. Se han ido, Bucéfalo. Estoy solo otra vez.

Tras pronunciar estas palabras, dio media vuelta y se alejó lentamente, con la cabeza hundida entre los hombros. *Ishtar* y yo nos miramos a los ojos y permanecemos mudos. El vientre de mi compañera se veía ya hinchado por la preñez. Entonces supe por qué Alejandro había venido a verme en esos momentos: yo, mejor que nadie, podía comprender su dolor.

Los días restantes del invierno se sucedieron tristes y silenciosos. En los enormes salones del palacio real de Persépolis no se celebró ningún banquete. Todas las audiencias y actos oficiales fueron suspendidos. El rey se encerró en sus aposentos durante semanas, comiendo un bocado de vez en cuando, y apenas se dejó ver. Cuando el sol comenzó a derretir la nieve de los pasos de montaña, dio la orden de partir. También dio otra orden, cuyos terribles resultados observamos desde la distancia: el orgulloso palacio real de Persépolis ardía como una gigantesca pira funeraria. Las llamas se enroscaban en los pilares, lamían los muros y devoraban los troncos de cedro de la techumbre. El calor era tan enorme que nos obligó a desviar la vista. Sin embargo, Alejandro permaneció contemplando fijamente el siniestro espectáculo. Cerca de nosotros, una gran losa de mármol mostraba una imagen de Darío I sentado en un trono que sostenían miembros de los pueblos vasallos de Persia, entre los cuales había un macedonio. Bajo ella vimos una breve inscripción que Ariobarzanes, el hermano de la difunta Barsine, se brindó a traducir para nosotros. Sus palabras sonaron lentas y graves, como una plegaria, tal vez como una maldición:

—«*Dios, protege a mi pueblo del enemigo, el hambre y la falsedad.*»

Parmenión aprovechó el momento para hacer uno de sus sarcásticos comentarios:

—Lástima que olvidara mencionar los incendios. Por cierto, no puedo decir que comprenda esta nueva y extraña afición tuya por el

fuego. Dime, Alejandro, ¿qué crees que tus nuevos súbditos opinarán de todo esto?

El rey lo contempló inexpresivo, después dio orden de emprender la marcha. A nuestra espalda, la residencia de Darío y Jerjes quedó pronto reducida a unos cuantos rimeros de cenizas y unas docenas de columnas azotadas por el viento.

Se han dicho tantas estupideces sobre el incendio de Persépolis que casi no me atrevo a repetir las aquí. La más grotesca de todas ellas es la que se encargaron de propagar los partidarios de Demóstenes, según la cual, Alejandro ordenó prender fuego al palacio cuando se encontraba bajo los efectos de una monumental borrachera. Pienso que ya conocéis a Alejandro lo suficiente como para advertir que se trata de una monstruosa calumnia. Mi amo siempre ha bebido con moderación e invariablemente mezcla el vino con una buena cantidad de agua. Es más, nunca ha hecho gala de esas hazañas de bebedor que gozan de tanto predicamento entre los macedonios. Creo que sólo en una ocasión ha estado realmente ebrio, con consecuencias tan espantosas como vosotros mismos podréis juzgar más adelante.

Existe otra versión, considerablemente mejor intencionada, que afirma que el incendio de Persépolis fue en realidad una proclama política, un gesto hacia los atenienses que, años atrás, habían visto arder los templos de la Acrópolis por orden de Jerjes. También se trata de una falsedad. Por esos días, a Alejandro le importaba poco o nada el honor herido de los atenienses. Su mente se ocupaba de asuntos mucho más grandes que vengar un hecho ocurrido más de cien años antes de su nacimiento.

La realidad es muy distinta. El rey había tomado la decisión de incendiar Persépolis el mismo día de nuestra llegada, cuando nos topamos con el horrendo espectáculo de los prisioneros helenos mutilados. La existencia de aquel palacio, surgido entre el sufrimiento de sus compatriotas suponía para mi señor una auténtica abominación. Alejandro ordenó que ardiera porque su concepto de la humanidad y la decencia no le dejaba otra alternativa. Si fue un acto vandálico o no, es algo que os toca decidir a vosotros.

Reemprendimos, pues, la caza de Darío, un asunto que Alejandro había aplazado durante meses. Por la suavidad de su clima, y la belleza de su situación entre las colinas de Media, Ecbatana era la residencia habitual de los reyes de Persia durante el verano, y el refugio forzoso de Darío durante el crudo invierno anterior. La contemplación de la fortaleza que coronaba la ciudad constituía un espectáculo asombroso que Heródoto describió hermosamente en uno de sus escritos: «*Ecbatana*

está rodeada de varios círculos de murallas concéntricas, trazados de tal modo que cada muralla sobrepasa en altura a la anterior. Las murallas circulares son en total siete, y dentro de la última se hallan el palacio real y las bóvedas del tesoro. La primera de ellas, que tiene más o menos la misma longitud que el recinto defensivo de Atenas, es blanca, la segunda, negra, la tercera es de color púrpura, la cuarta, azul y la quinta, anaranjada. Así, los baluartes de estos cinco recintos están pintados de colores. En cambio, los baluartes de la sexta están recubiertos de plata, y los de la séptima, de oro.» (Bien, reconozco que quizá la descripción sea algo fantasiosa, pero aun así simboliza bien la riqueza y maravilla de aquel lugar.) El caso es que Darío no se encontraba en el interior del dorado palacio. Nuestra proximidad le había obligado una vez más a darse a la fuga. Lo acompañaban Nabarzanes y Bessos, que habían acaudillado la caballería en Iso y Gaugamela, respectivamente, el fiel Artabazo y los «exiguos restos» del que fuera su descomunal ejército: 35.000 hombres de las satrapías orientales y algo menos de 4.000 mercenarios helenos que le seguían siendo leales.

Por la ruta que había emprendido, Alejandro supuso que se encaminaba hacia la lejana Bactria, donde Bessos era sátrapa, y que una vez allí intentaría fortalecer su ejército con levadas locales y lanzar una nueva ofensiva. Era necesario impedirlo a toda costa. El ejército de Darío y sus sátrapas debía de llevar una ventaja considerable, por lo que Alejandro emprendió la persecución con unas fuerzas reducidas a 5.000 infantes y 1.000 jinetes, dejando en Ecbatana al resto del ejército y casi toda la impedimenta. Las marchas forzadas y la férrea resistencia de los hombres nos permitieron cubrir el trayecto hasta el desfiladero de las Puertas Caspianas en un tiempo asombrosamente breve, si bien tuvimos que pagar el precio de los centenares de hombres y caballos que cayeron víctimas del agotamiento. Unos cientos de estadios más allá nos topamos con un grupo de desertores del ejército de Darío, quienes aseguraron que Bessos y Nabarzanes habían hecho prisionero al rey. Algunos oficiales consideraron que aquella era una buena noticia, puesto que los mismos sátrapas persas estaban actuando en nuestro beneficio. Alejandro, en cambio, se alarmó como jamás lo había visto hacerlo. Eligió una fuerza selecta de 500 hetairios y, a la cabeza de ellos, reemprendimos la persecución, que ahora se había transformado en una misión de rescate.

El paraje que se extiende en torno al mar de Hircania es un yermo y pedregoso desierto, habitado por alimañas y por los espectros de dioses antiguos y olvidados. Nos encontrábamos en las cercanías de una vieja fortaleza que los macedonios llamaron Hecatompylos por su situación sobre una encrucijada de caminos¹⁰. De repente divisamos humo en el horizonte. Del campamento persa sólo quedaban desperdicios y varios cientos de hogueras agonizantes. También había una carreta. Unas mulas degolla-

¹⁰ Hecatompylos: «la ciudad de las cien puertas».

das yacían sobre la tierra. A algunos pasos de distancia vimos dos hombres: uno de ellos era un anciano suntuosamente vestido; el otro, un gigante barbado tendido en el suelo en medio de un gran charco de sangre.

—¡Artabazo! ¡Querido amigo! —gritó Alejandro. A continuación desmontó de un salto y corrió hacia el anciano.

Ambos se fundieron en un largo abrazo y mezclaron sus lágrimas por la alegría del encuentro. Habían transcurrido catorce años desde que el noble persa abandonara la corte de Pela, allá a medio mundo y una vida entera de distancia. Alejandro lo contempló y se maravilló al comprobar cuánto había envejecido. Después volvió la vista hacia el cuerpo tendido sobre la tierra, cuyo rostro era el mismo que yo había visto en un par de ocasiones. Sus ojos estaban todavía abiertos, pero en ellos no se reflejaba ya el pánico que yo recordaba, sino una gran serenidad.

—¿Darío?

—Así es —respondió Artabazo con la voz quebrada por el dolor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Traición.

—¿Bessos y Nabarzanes?

—Bessos. Ojalá el Sabio Señor le haga pagar cara esta vileza. Nabarzanes es culpable de traición al rey, pero no de su asesinato.

—Imaginé que ocurriría algo así. No sabes lo que lamento haber llegado tarde. Cuéntame los detalles, buen amigo.

—Todo comenzó a gestarse tras tu victoria en Gaugamela —dijo Artabazo con voz cansada—. Durante el pasado invierno, el palacio de Ecbatana fue un hervidero de intrigas. La mayoría opinaban que la guerra se estaba perdiendo por culpa de Darío. Incluso yo mismo lo consideraba indigno del trono. Sabes que me sublevé contra Artajerjes Oco en una ocasión, pero Darío era muy distinto de ese carnicero. La decisión de escapar hacia Bactria fue acertada, pero precipitó los acontecimientos. Bessos y Nabarzanes se decidieron por fin a derrocar al rey. Primero lo intentaron por las buenas. Trataron de convencerlo de que le cediera temporalmente el trono a Bessos, con el ridículo argumento de que así Persia recuperaría los favores divinos. Darío montó en cólera y estuvo a punto de matarlos a ambos. Logré a duras penas calmar al rey. Bessos y Nabarzanes se postraron y suplicaron perdón, pero yo supe que el destino de Darío estaba sellado. También debía de saberlo Patrón, el comandante de los mercenarios helenos, un buen hombre. Se entrevistó en secreto con el rey y le suplicó que se pusiera bajo la protección de sus soldados. Darío le dio las gracias, pero respondió que no cometería semejante indignidad. Entonces fue cuando supimos que te habías lanzado en nuestra persecución. Las noticias se sucedían vertiginosamente: «Alejandro está a mil estadios, a ochocientos, a quinientos». Comenzaron las deserciones. La guardia personal del rey, los Inmortales, se esfumó al caer la noche y nada se volvió a saber de ellos. Darío se quedó solo en su tienda. Los sátrapas pensaron

que se había suicidado hasta que los eunucos reales les dijeron que estaba todavía vivo. Perdieron la paciencia. Lo arrestaron, lo cargaron de cadenas y lo encerraron en esa carreta que ves ahí.

—Entonces ¿no lo mataron de inmediato?

—No, pensaban entregártelo para buscar tu perdón. Darío mostró más valor y dignidad en su cautiverio que mientras era todavía el Rey de Reyes. Les dijo que tú nunca premiabas la traición, y que prefería estar en las manos de un enemigo noble que en las suyas. Ayer supimos que nos estabas pisando los talones. Bessos intentó convencer a Nabarzanes de la necesidad de eliminar a Darío, pero éste se limitó a reunir a sus hombres y alejarse. Por la noche, Bessos dejó al rey bajo la vigilancia de unos cuantos esbirros; ni siquiera tuvo la hombría de estar presente para ver cómo se consumaba su crimen. «Ven conmigo, Artabazo», me dijo. Le escupí en cara. Él se encogió de hombros y montó en su caballo. Cuando el ejército se perdió de vista, los hombres de Bessos atravesaron al rey con sus lanzas. Nada pude hacer, salvo esperar tu llegada. He pasado la noche velando su cadáver.

—Ningún hombre merece ese final —dijo Alejandro con tristeza.

—Y Darío todavía menos. Era bondadoso y justo. Su única falta fue convertirse en rey en el peor de los momentos, es decir, cuando tú estabas a punto de llegar. Por cierto, sus últimas palabras fueron para ti. «Dile a Alejandro que pongo mi imperio en sus manos. En toda Persia no hay un hombre más digno de ocupar mi trono».

—¿Quieres decir que antes de morir me nombró su heredero?

—Así es, y aquí estoy yo para probarlo.

Diciendo esto, el anciano se llevó las manos a los labios y se postró trabajosamente a los pies del rey, quien se apresuró a obligarlo a incorporarse.

—Intentaré hacerme merecedor de su confianza —dijo Alejandro cerrando los ojos de Darío.

A continuación, se despojó de su clámide y cubrió con ella el cuerpo del rey muerto.

Emprendimos el regreso a Ecbatana a fin de reunirnos con el grueso del ejército. Artabazo nos acompañó en calidad de invitado y amigo del rey. Su tristeza fue enorme cuando conoció el triste destino de Barsine; sin embargo, la noticia de que su hijo Ariobarzanes, al que desde hacía tiempo daba por muerto, seguía con vida y lo aguardaba en Ecbatana, contribuyó a aliviar su dolor.

Tal y como le había dicho a Parmenión en Persépolis, Alejandro declaró solemnemente que el honor de la Hélade había sido vengado y procedió a licenciar a las tropas aliadas. Todos pensaban que su siguiente acto sería ordenar el regreso a Macedonia. Se equivocaban. Lo que hizo fue encaramarse a una tribuna y arengar a los macedonios del siguiente modo:

—Compañeros, amigos. Es natural que al volver la vista atrás y ver todas las hazañas que habéis realizado, sintáis ganas de regresar a casa y disfrutar de vuestra merecida gloria. Hemos andado juntos un largo camino, desde las montañas de Tracia e Iliria hasta las costas del mar de Hircania, al otro lado del mundo. Yo mismo ardo en deseos de abrazar a mi amada madre y a mi hermana, del mismo modo que vosotros anheláis el premio más valioso de todos: la alegría de los hijos, de las esposas, de los padres, la paz, el descanso, la segura posesión de cuanto conseguimos mediante nuestro propio valor. Pero decidme ¿están realmente aseguradas nuestras conquistas o cabe la posibilidad de que los pueblos sometidos por la fuerza se subleven en el mismo momento que abandonemos el Asia? —En este punto, Alejandro hizo una pausa para permitir a los hombres reflexionar. Vi algunas expresiones contrariadas, pero la mayoría de los soldados asintieron con la cabeza—. Por otro lado, estoy hablando como si el imperio entero estuviera ya conquistado, cuando en realidad Nabarzanes se ha hecho fuerte en Hircania y Bessos, el regicida, amenaza con lanzar contra nosotros a todas sus hordas bárbaras desde Bactria. ¿Y qué me decís de los sogdianos, los escitas, los masagetas o los indios, pueblos tan numerosos como las arenas del desierto que ni siquiera han oído hablar aún de nuestro dominio? Muchos conocisteis a Filippo, mi padre. Él me enseñó dos cosas muy valiosas. La primera es no dejar nunca las cosas a medio hacer. La segunda, jamás desdeñar al enemigo. No tendríamos perdón si, después de vencer a Darío, pusiéramos el imperio en manos de un esclavo suyo que además ha cometido el peor de los crímenes. ¡Macedonios! Sois el ejército más formidable que ha visto el mundo. Estáis muy cerca de convertirlos en los señores de toda el Asia. ¿Es que vais a deteneros ahora?

Mientras miles de gargantas pronunciaban un ensordecedor «¡no!», Parmenión y sus hijos se esfumaron discretamente de la escena. Generales, oficiales y humildes hoplitas se disputaron el privilegio de abrazar a Alejandro, de besar su mano o simplemente de tocar sus ropas. Después formaron una plataforma con sus escudos y le pidieron al rey que se encaramara sobre ella. La improvisada tribuna parecía flotar sobre aquel mar de hombres, que vitorearon el nombre de Alejandro hasta enronquecer. Lo contemplé desde la distancia, como en aquel lejano día en que el ejército lo proclamó rey. Entonces me había parecido muy joven y muy asustado. Ahora, en cambio, su rostro brillaba con más fuerza que el sol del mediodía.

Como podéis ver, Alejandro se había salido plenamente con la suya. Supongo que preparó cuidadosamente su jugada; al arma poderosísima de su carisma personal, había sumado la fuerza de persuasión de las palabras. Durante unos instantes pensé en los lejanos tiempos de Mieza y en las lecciones de oratoria. Creo que Aristóteles jamás pudo imaginar los frutos que darían sus enseñanzas. En cualquier caso, la

expedición iba a continuar. Parmeni6n y sus partidarios acababan de conocer la m6s amarga de las derrotas. Ante nosotros resplandec6a todo un nuevo mundo que conquistar, aunque, entre tanta luz, tambi6n acechaba la tragedia.

CAPÍTULO XI

EL CAMINO HACIA EL FIN DEL MUNDO

El rey dispuso que Parmeni3n permaneciera en Ecbatana. Supongo que ello os har3a pensar que Alejandro hab3a decidido postergarlo definitivamente. Todo lo contrario. De hecho, su nueva misi3n conllevar3a un poder y responsabilidad enormes: al mando de veinte mil hombres, recib3o el encargo de custodiar las rutas de comunicaciones y suministros mientras nosotros nos intern3bamos en territorios desconocidos. Al poner en sus manos su propia seguridad y la del resto del ej3rcito, Alejandro le estaba otorgando un voto de confianza. Quiz3 el intachable historial militar de Parmeni3n pes3 m3s que otras consideraciones, o tal vez Alejandro pens3 que el antiguo lugarteniente de su padre merec3a la oportunidad de mostrar que, tras su constante oposici3n a las decisiones del rey, no se ocultaba la traici3n. Por otro lado, Parmeni3n acababa de sufrir la p3rdida de su hijo Nicanor. El joven comandante de los hipaspistas hab3a contra3do unas de esas fiebres de las que los asi3ticos sanan con facilidad y que, en cambio, fulminan a los europeos en cuesti3n de d3as. Parmeni3n, ya septuagenario, necesitaba un descanso y acept3 de buen grado permanecer en Ecbatana custodiando nuestra retaguardia.

H3rpalos tambi3n se qued3 en Ecbatana como administrador del Tesoro. 3ltimamente se ven3a rumoreando que su contabilidad no era todo lo honesta que cupiera esperar. Hab3a incluso quien dec3a que parte de los ingentes fondos que pasaban por sus manos terminaban engrosando su fortuna personal. Seguramente Alejandro no se preocup3 siquiera de comprobarlo. No en vano 3l mismo se dedicaba a repartir dinero a manos llenas entre sus amigos, e incluso entre quienes no lo eran tanto. Filotas, por ejemplo, viv3a rodeado de una ostentaci3n que contrastaba enormemente con la austeridad del rey: se hac3a servir por m3s de una docena de esclavos, incluso en mitad de una campaa; su tienda pose3a tales lujos y comodidades que comenzaba a parecerse a la de Dar3o; sus redes de caza se extend3an a lo largo de muchos estadios. Recuerdo que hasta circul3 el rumor de que hab3a prescindido del tradicional aceite en su aseo personal, y que ahora se hac3a ungir con mirra. Ante aquella extravagante ostentaci3n, ¿pens3is que a Alejandro le pod3a hacer perder el sueo el que H3rpalos se quedara con pequeas sumas del dinero que administraba? ¿Qu3 era aquello sino una gota en la inmensidad del mar?

Justo antes de partir, el rey le encarg3 a Parmeni3n un cometido que el general acept3 cumplir a rega3adientes. Deseaba que seleccionara 30.000 muchachos persas que sobresaliesen por su apostura, por

sus cualidades físicas y por su inteligencia. Los elegidos habrían de recibir un esmerado entrenamiento militar al modo heleno y a la vez aprender el idioma y las costumbres de la Hélade. No pasó mucho tiempo antes de que empezaran a surgir voces airadas: «Alejandro planea sustituir su ejército de fieles macedonios por un puñado de bárbaros pertenecientes a un pueblo indigno y derrotado». Estaban equivocados; el rey había puesto sus miras en un objetivo mucho más elevado que ése.

Tras tomar estas medidas, los oficiales recibieron la orden de emprender la marcha. Los largos meses que empleamos en conquistar y pacificar las satrapías orientales del imperio tienden a mezclarse y confundirse en mi memoria —ya sabéis que la memoria de los ancianos es como una colección de trastos viejos en la que a duras penas puede encontrarse algo útil—. Atravesamos un territorio agreste y desconocido, una tierra sin ciudades que ningún heleno había descrito jamás: Hircania, Partia, Aria, Drangiana, Aracosia... Para vosotros, sólo palabras; para mí, en cambio, esos nombres están cargados de imágenes y recuerdos: la fatiga de marchas interminables, horizontes infinitos donde se perdía la vista y se extraviaba el espíritu, el frío más extremo, el calor más sofocante, las mil sensaciones agresivas de la intemperie y, de tanto en cuanto, el vértigo de la batalla y el olor penetrante de la sangre.

Me resultaría imposible relataros todos los episodios de aquella interminable campaña. Os remito para ello a los informes de Calístenes, si es que tenéis paciencia suficiente para leerlos. Mencionaré, sin embargo, que Satibarzanes, sátrapa de Aria, nos hizo la vida muy difícil por aquellos días. Un sujeto peligroso y traicionero aquel Satibarzanes, tan escurridizo que parecía estar en todas partes a la vez. Antes de caer, se las arregló para encender docenas de focos de sedición que sólo con grandes sacrificios logramos apagar. Además, la noticia del incendio de Persépolis se había extendido ya hasta los confines más remotos del imperio, lo que no sirvió precisamente para calmar los ánimos.

También deseo hablaros acerca de otros asuntos que considero de la máxima importancia, si bien es posible que el primero de ellos sólo la tuviera para mí.

Ocurrió cuando nuestro campamento estaba plantado en algún remoto lugar de Hircania. A mi señor le gustaba aprovechar los escasos momentos de ocio que tenía para salir de caza conmigo. Aquel día le resultó imposible; había mil asuntos que requerían su atención inmediata. Cualquiera otro gobernante habría delegado gran parte de ese trabajo en sus subalternos. Él, en cambio, prefería ocuparse personalmente de todos los detalles, desde la supervisión de las fortificaciones del campamento hasta que los soldados recibieran puntualmente su paga. Le pidió, por tanto, a un grupo de pajes reales que se encargaran de llevarme a dar un paseo por los bosques para estirar las patas. «No

os alejéis demasiado —les advirtió— y ni se os ocurra intentar montar a Bucéfalo. No tenemos tiempo ahora para organizar funerales».

Alejandro me conocía bien. Desde que me convertí en su caballo, él no había permitido que nadie más me montara, y no precisamente por egoísmo, sino porque sabía perfectamente que cualquiera que lo intentara acabaría, en el mejor de los casos, con varios huesos rotos. Los pajes montaron sus propios caballos y, llevándome de las riendas, se internaron conmigo en el bosque.

Los pajes reales son una antigua institución macedonia. Todos ellos son hijos de la nobleza que, antes de ocupar su puesto en el ejército, dedican algunos años al servicio personal del rey. Cuidan de su comodidad y vigilan su descanso nocturno, lo cual, muy lejos de considerarse una tarea servil, constituye para ellos y sus familias el más alto de los honores. Este grupo acababa de llegar de Macedonia y he de confesar que no eran del todo de mi agrado. Me parecían unos muchachos ociosos y consentidos, producto sin duda de los años de opulencia que se vivían en la patria gracias a la gran afluencia de riquezas procedentes de Asia. El propio Alejandro lo había comentado más de una vez: «Los jóvenes de mi generación estábamos hechos de otra madera. Estos críos no han carecido nunca de nada. Me pregunto si algún día lograremos hacer buenos soldados de ellos.» Para colmo de males, su educación había sido encomendada a Calístenes, quien, habiendo heredado muchos de los prejuicios de su tío y apenas nada de su sabiduría, se dedicaba a llenarles la cabeza de ideas confusas y estériles.

Bien, volviendo a mi relato, os diré que aquellos pajes, enfrascados en su estúpida charla, estaban alejándose peligrosamente del campamento. Alejandro no da nunca órdenes arbitrarias; el territorio estaba plagado de bandidos. La zona en torno al campamento era segura, pero ¿quién sabe qué peligros podrían aguardarnos fuera del radio de acción de las patrullas? Actuando en consecuencia, clavé las patas en la tierra y me negué a dar un paso más.

—¡Maldito animal! —dijo uno de los pajes que me desagradaba especialmente, un tal Hermolao—. No comprendo lo que el rey ha visto en este viejo jamelgo. Una buena tunda le hará entrar en razón.

—Más vale que Alejandro no te oiga hablar así de su querido Bucéfalo —le advirtió un segundo mostrando mucho más sentido común—. Y yo en tu lugar no le pondría una mano encima, o podrías ser tú quien acabara recibiendo la tunda.

—Me arriesgaré de todas formas.

Y tras decir esto, Hermolao desmontó y se aproximó a mí con una fusta en las manos.

Ni siquiera tuve tiempo para darle a aquel muchacho su merecido personalmente. Los bandidos surgieron de todas partes a la vez: algunos saltaron desde las ramas de los árboles, otros salieron de la espesura y los hubo también que parecieron brotar del suelo como por arte

de magia. Debían de ser cerca de veinte. Sus rostros eran hirsutos y feroces. Vestían pieles de animales y esgrimían armas rudimentarias, aunque de mortífero aspecto. No se molestaron en decir una palabra. Mediante gestos amenazadores, obligaron a los muchachos a desmontar y entregarles todo lo que llevaban encima, incluyendo sus ropas. Después los dejaron marchar. Los vi correr como liebres hacia el campamento, cubiertos únicamente por sus taparrabos y considerándose muy afortunados por seguir con vida.

Tras reunir a los otros caballos, varios de ellos se acercaron a mí. Emplearon algún tiempo en admirar la bella factura de mi brida y de mi manta. Cuando intentaron obligarme a ir con ellos, se encontraron con dificultades que no esperaban. En mi juventud dudo mucho que ni aquellos veinte hombres juntos hubieran podido reducirme; sin embargo, los años hacen menguar las fuerzas, al mismo tiempo que acrecientan la sabiduría. Cuando vi que me rodeaban dispuestos a acabar con mi vida, decidí colaborar. «Imagino que Alejandro encontrará el modo de que volvamos a reunirnos», pensé.

Llegamos a su poblado cuando era ya noche cerrada. Estaba situado en un claro de un bosque tan espeso que nadie habría podido localizarlo sin conocer los senderos. «Nunca podrán encontrarme aquí», me dije presa de la desesperación. Me encerraron en un cercado, junto con los otros caballos. Entre la penumbra, distinguí un puñado de rústicas cabañas dispuestas en círculo, apenas iluminadas por la débil luz de varias hogueras agonizantes. No se oían más sonidos que los del bosque. Lo terrible de mi situación no impidió que cayera dormido casi al instante.

Me despertaron las risas de los niños. Había docenas de ellos que me miraban con ojos brillantes, charlaban y reían. A pesar de sus caritas sucias y los harapos que vestían, me parecieron idénticos a todos los niños helenos que había conocido. Sus rostros eran hermosos. Algunos de ellos incluso me recordaron al de un amado muchacho que había visto por primera vez mucho tiempo atrás. «Alejandro tiene razón —pensé—. Todos los hombres son esencialmente iguales. No hay más que mirar a estos críos para darse cuenta.» Lamenté haber tenido que llegar a aquella triste situación para cerciorarme de esa gran verdad.

Los niños se descolgaron de la valla para dejar paso a los adultos. Entre ellos reconocí a algunos de los hombres que me habían capturado el día anterior. Al frente de todos caminaba un individuo enorme y velludo, cubierto con pieles de lobo sin curtir y pesados collares de tosca apariencia. Supuse que se trataba del jefe. Aquellos hircanios hablaban un dialecto septentrional de la lengua persa, muy diferente del elegante idioma usado por los atildados aristócratas de Susa o Persépolis. A pesar de ello, me las arreglé para comprender lo que decían.

—Debió de ser un excelente caballo en su juventud —dijo el jefe mirándome—. Es mucho más grande que esos caballitos que montan

los bárbaros de Occidente, y conserva todavía una excelente estampa.

—Tampoco le faltan bríos —dijo uno de los hombres que me habían capturado—. Llegamos a pensar que tendríamos que matarlo para quitarle la brida.

—Está enjaezado como el caballo de un rey. Quizá perteneciera al mismo Iskandar, aunque dudo que el nuevo señor de Persia se rebajara a montar un caballo tan viejo. Probablemente era de alguno de sus generales.

—¿Qué hacemos con él? ¿Intentamos venderlo?

—No —dijo el jefe con autoridad—. Lo que es bueno para un general de Iskandar, también es bueno para mí. Me lo quedaré.

Diciendo esto, corrió hacia mí y se encaramó a mi grupa de un salto. Lo hizo con tanta rapidez que tardé unos instantes en reaccionar, a pesar de lo cual, no pasó mucho tiempo antes de que los hircanios vieran a su jefe volar por los aires y dar con sus huesos en el suelo. Me abstuve de cocearlo a fin de no empeorar más mi situación. El hombre se levantó al instante. Debía ser un tipo fuerte, puesto que apenas estaba maltrecho. Su amor propio, en cambio, sí que lo estaba, sobre todo tras ver que sus hombres apenas eran capaces de contener la risa. Le oí pronunciar el nombre de dos o tres dioses desconocidos para mí y me di cuenta de que había desenvainado una hoja de hierro enorme y oxidada. He luchado en muchas batallas; sé distinguir una mirada asesina en los ojos de los hombres. «Está bien —pensé—, si ha llegado mi hora, sabré morir con valor y dignidad, igual que he vivido.» En ese momento, los gritos de un hombre que se acercaba a galope tendido nos hicieron girar a todos la cabeza.

—¡No lo mates —decía a voz en cuello—, o traerás la desgracia sobre nuestras cabezas! —El jefe profirió una maldición mientras envainaba su cuchillo. Después interrogó al recién llegado con una feroz mirada.— ¡Iskandar! —acertó a decir el hombre con expresión de pánico— Ha publicado un bando. Jura no dejar un hombre vivo en toda la región si su caballo no le es devuelto de inmediato.

El jefe se volvió hacia mí mostrando respeto en su mirada.

—De modo que este viejo animal es el famoso Bucéfalo. Debes de haber sido un caballo excepcional cuando tu amo se toma tantas molestias por recuperarte. Bien, no le haremos esperar.

Esa misma tarde me condujeron de nuevo al campamento, junto con el resto de los caballos robados y algunos humildes presentes con los que los bandidos esperaban aplacar la ira de Alejandro. El rey en persona salió a recibirnos. Aceptó los regalos y las excusas de los hircanios con gran cortesía y los proclamó oficialmente sus aliados. Cuando se fueron, colmados de presentes mucho más valiosos que los que ellos habían traído, abandonó su grave actitud y se abrazó a mi cuello con tal fuerza que pensé que iba a dejarme sin aliento.

—¡Bucéfalo! ¡Querido Bucéfalo! Llegué a pensar que no volvería a verte. ¿Estás bien? ¿Te han maltratado? —Agité vigorosamente la cabe-

za para hacerle comprender que no sólo me encontraba perfectamente, sino que además me sentía el más feliz de los seres por estar de nuevo junto a él—. No hay nada en este mundo que pueda separar a Alejandro de su caballo, nada. Ahora ven conmigo, tengo una sorpresa para ti.

Lo seguí camino de las cuadras. A pesar de la gran impaciencia que sentía por ver de nuevo a mi compañera, no pude evitar detenerme un momento ante el lugar donde tenían lugar los actos disciplinarios. Allí estaban los pajes que tan imprudentemente habían obrado. Atados a un poste y expuestos a la vista de todos, sus espaldas mostraban el doloroso mordisco del látigo. Se habían ganado a conciencia aquel castigo. No sentí ninguna pena por ellos.

La sorpresa que Alejandro me reservaba era mucho más grande de lo que habría podido esperar. Según sus propias cuentas, *Ishtar* no tendría que haber parido hasta un par de semanas después. Quizá sus cálculos fueron erróneos, o tal vez la angustia que había sentido tras mi desaparición había precipitado el alumbramiento, pero lo cierto es que en las caballerizas encontré a mi compañera lamiendo amorosamente al potrillo más hermoso que he visto jamás. A pesar de las escasas horas transcurridas desde su nacimiento, aquella criatura se sostenía con gran seguridad sobre sus delgadas patitas mientras buscaba afanosamente las ubres de su madre. Era totalmente negro, excepto por una mancha blanca en la frente cuya forma supongo que adivinaréis.

—Has ido a elegir el mejor momento para dejarte secuestrar —me dijo *Ishtar* con los ojos relucientes—. Bien, ¿qué te parece? ¿No es tu vivo retrato?

—Es una preciosidad —acerté a responderle sin intentar siquiera fingir modestia—. Y tienes razón, se parece extraordinariamente a mí.

—Salvo por un pequeño detalle del que tal vez no te hayas percatado: es una hembra.

Imagino que para un hombre aquélla habría sido una mala noticia. A los de mi especie, en cambio, no nos importa el sexo de nuestros hijos. La visión de mi hijita recién nacida me llenaba de tal alegría y orgullo que había llegado a olvidar que Alejandro se encontraba todavía con nosotros.

—Ella simboliza la mayor de mis aspiraciones, Bucéfalo —dijo de pronto—, lo mejor de Occidente y lo mejor de Oriente unidos en un solo ser. Será la más rápida y valiente de las yeguas de combate, aunque ruego a los dioses que su vida sea más pacífica que la que te ha tocado vivir a ti. —La voz de Alejandro adquirió un timbre de dolor. Comprendí que el recuerdo de su hijo y su compañera muertos recientemente lo había entristecido—. Permíteme elegirle un nombre —prosiguió—. La llamaremos *Andrómeda*. ¿Te gusta?

Me gustaba. En las leyendas de los helenos, *Andrómeda* era la esposa del héroe *Perseo*, el matador de la *Gorgona*. Cuentan que la

raza persa descende de su progenie y que los dioses la tenían en tan alta estima que, tras su muerte, la convirtieron en esa brillante constelación que adorna los cielos del norte. Sería un nombre hermoso para una hermosa criatura.

Seguimos adelante, siempre adelante, incansablemente. Alejandro añadía nuevos territorios a su imperio a un ritmo vertiginoso. A lo largo del camino, fundamos varias Alejandrías en el emplazamiento de antiguas fortalezas persas —quizá fueran más de treinta, pero no estoy seguro; creo que perdí la cuenta—, todas ellas copias en miniatura de la Alejandría de Egipto, que, según nuestras noticias, era ya una magnífica realidad. Las nuevas colonias servirían para alojar a las guarniciones que dejábamos atrás, aunque los propósitos del rey iban mucho más allá de lo puramente militar. Su intención era crear una red de ciudades helenas que atravesara el corazón de Asia, auténticos focos de civilización en un mundo primitivo de pastores nómadas. Con el tiempo, todas ellas contarían con ágoras, gimnasios, escuelas y teatros, igual que cualquier ciudad de la Hélade. Serían como semillas aguardando el momento de germinar, aunque siempre me pregunté si el terreno era el más apropiado. Creo que la misma duda era compartida por la mayoría de los macedonios, reacios a comprender el esfuerzo civilizador de Alejandro. Para ellos, representar a Eurípides ante una audiencia bárbara era como ofrecer un fastuoso banquete a una piara de cerdos; en cuanto a enseñar los versos de Homero a los hijos de los caudillos asiáticos, se trataba pura y simplemente de un sacrilegio. Pero será el tiempo, que es el mejor de los árbitros, el que se encargará de decidir quién tenía razón.

En otro orden de cosas, habéis de saber que algunos sátrapas de los territorios conquistados fueron confirmados en sus cargos. Alejandro estaba dispuesto a llevar su política de integración y respeto hacia la nación persa hasta sus últimas consecuencias. A un sector del ejército no le gustó. Pero aún murmuraron más los descontentos cuando el rey comenzó a reclutar tropas entre la población local y, sin embargo, era una medida totalmente lógica: las nuevas conquistas obligaban a dejar guarniciones aquí y allá; las ciudades recién fundadas necesitaban colonos y los refuerzos que Antípatro enviaba desde Macedonia eran hartamente insuficientes para cubrir la constante merma de hombres. También recibimos algunas visitas inesperadas.

Primero llegaron los emisarios de Nabarzanes. El sátrapa solicitaba una entrevista con Alejandro y pedía garantías de que su persona sería respetada. Después se presentó él mismo, cargado de regalos y buena voluntad. Aseguró que había colaborado con Bessos en el derrocamiento de Darío porque juzgaba al rey muerto indigno de regir los destinos de su nación, pero que en ningún momento aprobó o parti-

ció en su asesinato. Artabazo confirmó todo ello, por lo que Alejandro le permitió partir en paz, tras obtener de él la promesa de que no encabezaría insurrecciones y de que reclutaría tropas en su territorio para reforzar el ejército macedonio.

Entre los presentes que Nabarzanes trajo para Alejandro me gustaría referirme a uno en concreto. Se trataba de un joven eunuco llamado Bagoas que había pertenecido al servicio personal de Darío, una criatura ociosa, pintarrajeada y horrenda, muy ducha en danzas, modales cortesanos y nada más. Yo siempre encontré desagradable a aquel muchacho, y como yo muchos de los compañeros del rey. Sin embargo, Alejandro se aficionó a él de un modo que jamás he acertado a explicarme. Quizá fuera simplemente compasión, o quizá aquel Bagoas poseía cualidades que ninguno, salvo Alejandro, éramos capaces de apreciar. El caso es que ha permanecido con nosotros desde aquel día. Puede que su historia merezca ser contada, pero yo al menos no tengo la menor intención de detenerme a hacerlo¹¹.

Oxatres hizo acto de presencia poco después. El joven hermano de Darío, que con tanto valor había luchado en Iso y Gaugamela, había sabido que el rey muerto había designado a Alejandro su sucesor legítimo, y se había apresurado a poner su espada y las de sus seguidores al servicio de mi señor. Fue recibido con grandes honores, se le concedió un puesto de mando entre los hetairios reales y se le garantizó que Bessos, el asesino de su hermano, recibiría pronto su merecido castigo.

A Oxatres le siguieron muchos otros aristócratas y señores locales que se mostraban ansiosos por conseguir un puesto destacado en la corte del conquistador. Entretanto, Alejandro había convertido el campamento en la capital itinerante de su imperio: allí se dictaban leyes y edictos que afectaban a las vidas de millones de seres humanos; desde allí se nombraba y deponía a los sátrapas, a los gobernadores militares, a los jefes de las guarniciones y a todos los funcionarios de alto rango; nuestro campamento era el lugar al que acudían a solicitar audiencia real los emisarios de ciudades que se encontraban en el extremo opuesto de las tierras conocidas. Creo que no exagero al decir que el campamento de Alejandro se había convertido en la auténtica capital del mundo.

Resultaba difícil ver al rey por aquellos días. Sus obligaciones eran tantas que apenas le dejaban tiempo para dormir o comer algo más que un bocado ocasional, y aún teníamos por delante un mundo entero por conquistar. Se acabaron las cacerías y los paseos a caballo, el ejercicio de la lucha y los banquetes. Ni siquiera le quedaba tiempo para encargarse del adiestramiento de las tropas, que siempre había sido su ocupación favorita. Se le veía delgado y ojeroso y, en muchas ocasiones, malhumorado. Bien a su pesar, no le quedó más alternativa que

¹¹ V. Mary Renault, *El muchacho persa*.

reclutar en torno a él a un segundo ejército de asesores y burócratas. Los macedonios eran excelentes soldados, pero la mayoría de ellos desconocían otro tipo de administración que la del ejército. Siguiendo los consejos de Artabazo, Alejandro puso al frente de la burocracia a nobles persas con experiencia de poder durante el reinado de Darío y sus predecesores. Fue, en términos generales, una decisión acertada; los persas eran buenos administradores y conocían mejor que nadie los entresijos de la compleja administración imperial. Alejandro volvió a disponer de tiempo para trazar la estrategia de la campaña, para sus compañeros y también para mí. Sin embargo, fue también el comienzo del desastre.

Desde tiempo atrás, Parmenión y Filotas estaban siendo sometidos a una estrecha vigilancia. Se interceptaron cartas en las que el hijo expresaba al padre su disgusto por los últimos acontecimientos: «Alejandro tiene en más estima a los persas que a sus propios compatriotas. Está sustituyendo a los soldados macedonios por tropas persas. Trata a los vencidos como aliados en lugar de como vasallos. Se hace acompañar siempre de dignatarios persas. Viste ropas persas en público. ¡Alejandro se está convirtiendo en un rey bárbaro!». Todo aquello olía a traición. Incluso existían veladas alusiones a un plan «para el que era necesario obrar con prudencia y esperar el momento oportuno». Sin embargo, Alejandro se resistía a actuar. «No quiero ser recordado como un tirano —me dijo en una ocasión—. Todo hombre tiene derecho a expresar su opinión mientras no comprometa la seguridad del Estado.» Los acontecimientos le obligaron a cambiar su modo de pensar.

Estábamos a finales del verano y nos encontrábamos acampados al pie de la fortaleza real de Drangiana. Recuerdo que soplaban un viento abrasador que impedía el avance del ejército y dificultaba hasta la más insignificante de las operaciones. Las tropas estaban acuarteladas; los hombres, habituados a la acción, se aburrían. A falta de nada mejor que hacer, bebían hasta caer inconscientes o se jugaban sus pagas a los dados, pues nada había allí en lo que poder gastar su dinero. Y mientras tanto, el viento seguía aullando, incesante y enloquecedor, sobre aquel desolado rincón del mundo. Pero ocurrió algo que vino a romper la monotonía. Una mañana comencé a percibir extraños movimientos por todo el campamento, que se encontraba plantado en torno a la imponente ciudadela donde residía la corte. De forma muy discreta, se cerraron las puertas de la muralla y se reforzó la guardia. Nadie podía entrar ni salir de allí. «Algo grave está ocurriendo», pensé angustiado.

Los oficiales que Alejandro distinguía con su confianza fueron llamados a la presencia del rey. Nadie perturbó, sin embargo, el descanso de Filotas, que había pasado bebiendo casi toda la noche anterior. Más tarde supe que el consejo se había desarrollado del siguiente modo:

El rey apareció ante los oficiales vestido con armadura de guerra. A diferencia de lo que era usual en él, sus movimientos parecían lentos y pesados y su semblante mostraba una extrema gravedad. Había centinelas por todas partes: en las puertas, en los corredores, en todos los accesos al palacio. Una taxiarquía completa de la guardia estaba formada en el patio, dispuesta para actuar en cualquier momento.

—No voy a andarme con rodeos —dijo Alejandro—. Tengo fundadas sospechas de que existe una conspiración para acabar con mi vida.

El asombro más absoluto fue la única respuesta que obtuvo. Todos lo miraron con expresión de incredulidad. Hefestión, en particular, no podía creer que alguien quisiera acabar con la vida de la persona que él más amaba en el mundo.

—Vamos, Alejandro —le dijo—, sabes que todos te somos leales.

—O al menos todos los que estáis aquí.

—¿De quién sospechas entonces? —preguntó Tolomeo.

—Os pondré al corriente para que podáis juzgar vosotros mismos. Esta mañana vino a verme uno de los oficiales de la falange, un joven llamado Cebalino. Estaba aterrorizado. A duras penas conseguí calmarlo para que pudiera contarme su historia. Me dio detalles y nombres.

—¿Y cómo logró enterarse él de algo que tus agentes han pasado por alto? —preguntó Demarato.

—Eso carece de importancia ahora. Tampoco los nombres que mencionó pertenecen a personas relevantes en el ejército.

—Entonces debe de tratarse de una calumnia urdida por ese sujeto para desacreditar a algunos de sus compañeros —dijo Hefestión esperanzado.

—No, no lo creo. Algunos de ellos han preferido quitarse la vida antes de ser arrestados. Pero lo que me preocupa realmente es lo que me dijo a continuación: Filotas estaba al tanto de todo desde hace días.

—¿Cómo? —exclamaron todos al unísono.

—Habló con Filotas mucho antes que conmigo. Él le dijo que me pondría al corriente de inmediato. Al día siguiente, el muchacho le preguntó si ya me lo había contado. Al parecer le respondió con evasivas; pretextó que yo había estado muy ocupado y que no había tenido ocasión de hacerlo. Era mentira. Filotas y yo habíamos estado hablando un buen rato sobre caza y otros asuntos intrascendentes. Cebalino insistió en varias ocasiones, y Filotas siempre respondía que estaba esperando el momento oportuno. Por fin, esta mañana se armó de valor y vino a contármelo personalmente.

—¡Está al frente de la conspiración! —exclamó Seleuco con los dientes apretados—. Sólo quería ganar tiempo.

—Eso mismo he pensado yo. Cebalino sólo conocía los nombres de los conspiradores menos importantes. Quienes estén detrás de todo esto han de ser por fuerza personas mucho más prominentes.

—Pero hay algo en todo este asunto que no entiendo —dijo Hefestión frunciendo el ceño—. ¿No crees que a Filotas le habría resultado mucho más sencillo eliminarlo sin más?

—Sí, yo también lo pensé —respondió Alejandro—. Te aseguro que no he hecho otra cosa que intentar encontrar argumentos para excusarlo. Pero el mismo Cebalino me brindó la respuesta. El muchacho no es ningún tonto, de modo que confió toda la historia a un par de amigos de confianza antes de dirigirse a un oficial superior.

—Y por supuesto no le reveló a Filotas sus nombres.

—Naturalmente. De ese modo se cubría las espaldas en caso de que se supiera que él había denunciado el complot. Una sola muerte puede parecer casual, pero dudo mucho que los conspiradores pudieran silenciar a todos los amigos de Cebalino, que por cierto es un oficial muy popular, sin inculparse.

—¡Has de eliminar a Filotas inmediatamente! —dijo Crátero, cuya enemistad con Parmenión y su familia era bien conocida—. Ese traidor no merece seguir viviendo.

—No, no puede hacerse así. Filotas es un noble y, sobre todo, un soldado macedonio. Nuestras leyes le conceden el derecho a ser juzgado por sus compañeros de armas. El campamento está incomunicado. Nada de todo esto se sabrá en el exterior hasta que el juicio concluya. Ahora voy a hacerlo arrestar, pero antes quiero saber si puedo contar con vosotros.

Todos se pusieron en pie a la vez y proclamaron vehementemente su lealtad. Acto seguido, Alejandro ordenó que el hijo de Parmenión fuera arrestado y conducido ante la asamblea de combatientes.

Los guardias hallaron a Filotas durmiendo plácidamente en sus lujosos aposentos. Estaba tan confuso que no opuso la menor resistencia. Pienso que sólo comprendió la gravedad de su situación cuando le hicieron subir a una tribuna y se encontró ante todo el ejército macedonio armado y formado bajo el vendaval. Alejandro realizó personalmente la acusación; expuso las pruebas y cargos con una frialdad implacable, sin mostrar un ápice de emoción. Filotas escuchaba y parecía no salir de su asombro, y he de decir que, si todo aquello fue fingido, demostró ser un actor consumado. Mientras tanto, los rostros de los soldados mostraban un enojo creciente. Pronto comenzaron a oírse gritos airados por todas partes. Seguramente sólo los que formaban en las primeras filas pudieron entender el final del discurso del rey.

A continuación, Filotas intentó una débil defensa. Dijo que toda aquella historia de la conspiración era absurda, y que si no se la había comunicado al rey era porque no deseaba inquietarlo con habladurías. No le permitieron continuar; los gritos de «traidor» surgieron al unísono de todas las gargantas y sus palabras se perdieron entre el clamor. Filotas comprendió que el ejército había dictado sentencia y abandonó toda esperanza. Con el rostro encendido por la ira, ladró entonces toda

suerte de insultos e injurias contra Alejandro. Ciertamente es que continuó proclamando su inocencia, pero afirmó que no le parecía deshonoroso tramitar contra la vida de un tirano. Acusó al rey de haberse vendido a los persas, lo llamó traidor a la Hélade y declaró que era indigno de ocupar el trono de Filipo. «¿Para qué toda esta farsa, Alejandro? —dijo finalmente—. ¿No es mi vida lo que quieres? Pues lucha contra mí como un hombre o siempre se te recordará como un cobarde y un asesino.» Los soldados, hartos de oír todas aquellas vilezas contra su rey, comenzaron entonces a golpear sus escudos con la hoja de las espadas hasta producir un estruendo tal que ahogó los bramidos del viento. Aquella era la señal de que el ejército consideraba al reo culpable de alta traición.

Filotas contempló con desaliento las filas de hombres furiosos que exigían a gritos su muerte y a continuación clavó la vista en el suelo.

—Si todos los dioses son como éste —lo oyeron murmurar—, más vale estar muerto.

La ejecución tuvo lugar al caer el sol. El aspecto de Filotas era el de un hombre totalmente derrotado, pero aún tuvo ánimos para dedicarle a Alejandro una última mirada de rencor y decirle:

—Al menos deja en paz a mi padre.

Instantes después caía atravesado por las lanzas de sus propios compañeros de armas. Siempre detestó a aquel sujeto, pero reconozco que supo morir con dignidad.

Alejandro valoraba la lealtad por encima de todo. Más de una vez le oí decir que era precisamente la lealtad de sus hombres lo que le había permitido derrotar a los persas y llevar sus conquistas hasta aquellas remotas regiones. Ahora se enfrentaba por primera vez a la traición. Puede que para un auténtico tirano la traición sea algo corriente. Para él, en cambio, significaba el colapso total de su escala de valores. Mucho me temo que la confianza ilimitada que el rey depositaba en sus allegados había quedado rota para siempre. Y buena prueba de ello es que desde aquel día Alejandro no tuvo más remedio que reforzar la seguridad en torno a su persona. También, y es algo que lamento tener que mencionar, comenzó a inspeccionarse el correo. Los que mostraron en sus cartas descontento con el proceder del rey o simpatía hacia Filotas, fueron asignados a un batallón especial llamado «de los indisciplinados», al que se le asignaban las misiones más peligrosas. Por último, quedaba por resolver el problema de Parmenión.

Nadie albergaba realmente dudas acerca de que el veterano general estuviera al tanto de la conspiración, incluso de que fuera su artífice, y, sin embargo, no había pruebas concluyentes contra él. Pero permíteme que os exponga el dilema al que Alejandro se enfrentó tras la ejecución de Filotas: nuestro ejército se encontraba aislado en territorios enormes y apenas conocidos. Ignorábamos los peligros a los que tendríamos que enfrentarnos apenas unos cuantos estadios más allá.

El éxito de la expedición y nuestra propia supervivencia dependían, por lo tanto, de las fuerzas que custodiaban nuestra retaguardia. Inocente o culpable, ¿pensáis que tras enterarse de la ejecución de su hijo, Parmenión habría renunciado obedientemente al mando de sus tropas y se habría sometido a un proceso por traición? Alejandro no era un ingenuo. Sabía que se enfrentaba con una insurrección que convertiría en crítica una situación ya de por sí delicada. No le quedaba alternativa y, a pesar del enorme dolor que le produjo dar aquella orden, actuó sin titubeos. Al amanecer partieron tres agentes hacia Ecbatana; portaban un despacho real para Parmenión, pero su auténtico cometido era acabar con la vida del general en cuanto se les presentara la ocasión. Cumplieron sus órdenes a rajatabla. Y, sin embargo, las fuerzas acuarteladas en Ecbatana no se sublevaron. Creo que Parmenión y sus partidarios habían sobrestimado su prestigio, o quizá su error fue menospreciar a mi señor.

Cuando la noticia de las ejecuciones se supo en la Hélade, la leyenda negra que ya había comenzado a tejerse en torno a Alejandro alcanzó proporciones grotescas. La conspiración de Parmenión y Filotas se convirtió en una «conspiración contra Parmenión y Filotas». Hablaron de Alejandro como de un vil tirano que no había vacilado en eliminar al hombre de confianza de su padre para poner al frente del ejército a sus amigos y aduladores. También se dijo que el trato con los bárbaros había terminado por corromper al rey, quien se entregaba día y noche al vino y a los placeres más depravados. Tengo entendido, además, que Demóstenes se apresuró a difundir un panfleto en el que glosaba todos estos particulares y algunos otros de su propia invención. Se trataba de un anónimo, claro está, pero su estilo y malevolencia siempre han sido inconfundibles. «¿A quién puede extrañar que Alejandro se conduzca como un bárbaro —concluía mi antiguo amo—, siendo así que ni él ni su padre han sido jamás otra cosa?»

Mientras tanto, el rey guardaba silencio, aunque no dudo que todo aquello hería profundamente su orgullo. Cualquiera se habría sentido ofendido al saber que su nombre estaba siendo arrastrado por el fango de forma tan injusta, pero él más que nadie, puesto que tenía su fama en más estima que su propia vida. Sin embargo, el golpe más duro se lo asestó —quién iba a decirlo— el mismísimo Aristóteles, su antiguo y reverenciado maestro, de quien recibió una escueta nota desde Atenas: «Recuerda quién eres», decía el mensaje, tres palabras cargadas de reproches que sumieron a mi señor en la tristeza. Pero no deseo añadir nada más sobre este doloroso asunto. Sacad, si os place, vuestras propias conclusiones.

Poco después llegaron noticias alarmantes desde los confines septentrionales del imperio. Bessos, el asesino de Darío, se había proclamado

el auténtico heredero del trono de Persia y había adoptado el nombre real de Artajerjes IV. También supimos que se estaba realizando una campaña masiva de reclutamiento. El falso rey pretendía atacarnos en el momento más adverso para nosotros, es decir, cuando nuestra fuerza expedicionaria se encontraba anclada en las profundidades de Asia, a más de cuarenta días de marcha de Ecbatana, nuestra base permanente más próxima, aislados, escasos de suministros e incapaces de recibir refuerzos. Lo más sensato habría sido replegarnos hacia el oeste, hasta posiciones seguras, y aguardar circunstancias más favorables. Naturalmente, Alejandro hizo justamente lo contrario. Sin embargo, antes de emprender el avance, decidió acometer la enorme empresa de reorganizar el ejército. Recuerdo que todo comenzó a raíz de una conversación entre el rey y el romano Marco Furio Camilo.

Nos encontrábamos por entonces en la Parapamisada, una tierra amable y hermosa en cuyo horizonte se recortaban las cumbres azuladas de las montañas más altas que he visto jamás. Después de atravesar tantas regiones agrestes y desoladas, los hombres se sentían allí felices. Los jinetes tesalios afirmaban que aquella región de verdes prados y suaves colinas les recordaba las hermosas llanuras que hay más allá del valle del Tempe. La bondad del clima y el hospitalario recibimiento de los moradores hacían de aquél el lugar ideal para que el ejército se tomara un descanso. Alejandro sabía que todavía nos quedaba un duro camino por recorrer y no dudó en concedérselo. Se organizaron juegos, representaciones teatrales y banquetes. También hubo una gran cacería, a la que fueron invitados todos los amigos del rey.

La jornada resultó provechosa. Cobramos piezas magníficas que habrían provocado la envidia de cualquier cazador heleno. Recuerdo que Alejandro abatió un leopardo con un certero disparo de su arco. Se trataba de una especie de enorme gato salvaje de piel moteada. Mucho tiempo atrás se podían encontrar animales como ése en los bosques de la Hélade. Hoy en día, sin embargo, suponen una curiosidad tal que Alejandro estuvo a punto de enviar su piel al Liceo, aunque después se lo pensó mejor y ordenó que hicieran con ella una nueva manta para mí. Al caer la noche, todos se reunieron a compartir unas ánforas de buen vino, mientras los ciervos y jabalíes se asaban al calor de las hogueras. El ambiente era de entusiasmo y camaradería. Alejandro, en cambio, permanecía silencioso.

—¿Qué te preocupa, señor? —le preguntó el romano mientras vertía vino en su copa—. ¿Aún te sientes apesadumbrado por la suerte de Filotas y Parmenión?

—No, amigo mío. No es eso. Lo ocurrido me entristecerá durante el resto de mi vida, pero no siento remordimientos. Hice lo que debía hacer.

—Entonces, ¿por qué no te unes a la fiesta? Mira las caras de todos. Están tan alegres como chiquillos. Tú los has convertido en los

dueños del mundo. ¿Acaso la gran gloria que has cosechado para todos nosotros no te hace feliz a ti también?

—Tú sabes que amo la gloria más que nadie, Marco. Pero me preocupa que todo lo que hemos conseguido a costa de tantas vidas y esfuerzo se desmorone de repente. Tras esas montañas está Bactria, donde Bessos se prepara para atacarnos. Estamos muy lejos de nuestras bases, y a todo un mundo de distancia de la Hélade. Un solo revés, un error podría significar el fin.

—En Roma siempre hemos pensado que lo mejor en estos casos es golpear primero, aunque ¿quién soy yo para dar consejos al conquistador del mundo?

—No, no —protestó Alejandro agitando las manos—. Tienes toda la razón. Pero te confieso que por primera vez en mi vida siento miedo. Coger a Bessos desprevenido en su madriguera supondría cruzar la cordillera con el ejército, una empresa ya de por sí gigantesca, y después enfrentarnos a una terrible campaña en Bactria y Sogdiana, en un terreno mucho más difícil que cuanto hemos visto hasta ahora, aislados y sin refuerzos.

—¿Temes entonces que Bessos emplee contra nosotros una táctica de desgaste?

—Es lo que yo haría en su lugar. Nuestro ejército es más numeroso, pero él dispone de hombres familiarizados con el terreno. Estoy seguro de que no tendría la menor opción en una batalla campal. En una guerra de guerrillas, sería muy diferente.

—Entonces tendrás que adaptar tu táctica a las nuevas circunstancias.

—Así es. Éste es sin duda el mejor ejército que ha visto la Historia. He conducido a estos hombres de victoria en victoria sin que me fallaran jamás. Pero a veces dudo si el mérito ha sido mío o me he limitado a vivir de los logros de mi padre. Él convirtió a un puñado de pastores y campesinos en un arma formidable. Yo me he limitado a empuñar esa arma y poner en práctica sus planes. Pero ahora es diferente. Las circunstancias mandan que el ejército de Filipo se convierta en el ejército de Alejandro. Y creo que tú puedes ayudarme.

—Tu modestia te honra, y sin embargo creo que esas palabras suenan algo ridículas en boca del conquistador de Asia. Dime ¿qué podría hacer yo para ayudarte?

—He visto al pequeño ejército de Roma en acción. Vuestra táctica es brillante. Mi ejército es insuperable en campo abierto, pero vosotros os adaptáis a todo tipo de terreno y a cualquier eventualidad. Dime, ¿cuál es el secreto?

—Nada que tú no hayas imaginado ya. Somos una nación pequeña con muy limitados recursos. Nuestro ejército tenía que multiplicar su efectividad a partir de reducidos contingentes de tropas. La solución fue crear unidades más pequeñas y dotarlas de gran autonomía. Las llamamos *manípulos*.

—¿Eso es todo?

—No. En la batalla, los hombres de los manípulos son distribuidos en tres líneas según su veteranía y sus méritos de combate. Los más jóvenes, los *hastados*, pelean en la primera línea; los *príncipes*, que cuentan ya con experiencia, constituyen la segunda, mientras que los auténticos veteranos de valor probado, los *triarios*, forman la tercera línea de ataque. Además, las unidades se disponen en cuadros, como los del tablero de ese juego que tanto te gusta. Si la presión del enemigo es grande, los hastados se repliegan a los huecos de la segunda línea hasta formar un frente de batalla compacto con los príncipes. En casos extremos, entran en acción los triarios de la retaguardia. Ésa es nuestra táctica, en esencia.

—Comprendo. Así conseguís cubrir más terreno con menos tropas.

—Y además pueden avanzar o replegarse con mucha más capacidad de maniobra que la pesada formación en falange, si me disculpas el comentario.

—Te disculpo. Es un sistema ingenioso. ¿Funciona bien en terrenos accidentados?

—De maravilla. Si una unidad queda aislada, su autonomía le permite actuar según la táctica trazada, o bien adaptarse a las nuevas circunstancias.

—Sabía que tus consejos me resultarían valiosos —dijo Alejandro con repentina animación—. Disfrutemos ahora de la fiesta. Mañana temprano hay que comenzar el trabajo.

Y así lo hizo. El ejército se reestructuró en unidades pequeñas de no más de quinientos hombres. Alejandro llamaba hiparquías a las de caballería y ciliarquías a las de infantería. Se crearon también unidades mixtas de infantes y jinetes entrenadas para actuar con rapidez y flexibilidad contra una táctica de guerrillas. Muchos hombres fueron ascendidos a oficiales para nutrir los nuevos cuadros de mando, y no por su linaje, sino atendiendo exclusivamente a su capacidad e iniciativa. Se abandonó la costumbre de formar las unidades con hombres reclutados en el mismo lugar. Alejandro deseaba que en su ejército no existieran mezquinas rivalidades locales. Es más, se crearon batallones mixtos compuestos por helenos y persas. «Cuando tu vida depende de los compañeros que te cubren el flanco y la retaguardia —decía—, poco importa que sean compatriotas o extranjeros.» Fue una auténtica revolución que, contra todos los pronósticos, funcionó.

Los hombres fueron entrenados en novedosas formaciones y tácticas de combate. También se fomentó la iniciativa personal y la capacidad de tomar decisiones en situaciones imprevistas. Los ingenieros recibieron el encargo de diseñar nuevas máquinas de sitio, más pequeñas y eficaces, y, sobre todo, susceptibles de ser desmontadas y transportadas en piezas a lomos de mulas y camellos a través de terreno accidentado.

También hubo cambios en la cúpula del ejército. El mando de los hetairos, vacante tras la ejecución de Filotas, fue dividido: Hefestión comandaría la mitad de las fuerzas, Clito la otra mitad. Alejandro no quería concentrar demasiado poder en un solo hombre, y de paso evitaba ser acusado de favorecer solamente a sus amigos.

Por último, ordenó que se prescindiera de toda la impedimenta que los hombres o las caballerías no pudieran transportar sin la ayuda de carros. Y dio ejemplo de ello quemando la magnífica tienda que había pertenecido a Darío junto con todo su suntuoso contenido —salvo aquella célebre caja en la que guardaba su *Ilíada*—. Los soldados supieron apreciar el gesto y se apresuraron a alimentar el fuego con todo aquello que no fuera imprescindible para el combate o la supervivencia. En aquella hoguera ardió el producto de muchos saqueos, infinidad de objetos valiosos que habrían alcanzado precios astronómicos en los mercados de Occidente. Dicen que el soldado vive para el saqueo, pero no recuerdo ver a ningún hombre infeliz por su pérdida. De hecho, aquello se convirtió en una auténtica fiesta, un nuevo comienzo.

Y así fue como Alejandro transformó nuestro pesado ejército en una fuerza ágil y flexible, capaz de caer sobre el enemigo como un rayo, batirse en las condiciones más adversas y desaparecer con la misma rapidez. Estos preparativos ocuparon todo el invierno. Entretanto, ya se había extendido la noticia de que Alejandro planeaba cruzar el Cáucaso¹² con el ejército y lanzar una campaña contra Bactria y Sogdiana. Lo que nadie podía imaginar es que la empresa se llevaría a cabo antes de que concluyera el deshielo. Casi sentí lástima por Bessos.

Existe una antigua leyenda acerca de un titán llamado Prometeo que se convirtió en el mayor benefactor de la humanidad. Él fue quien robó el fuego del Olimpo para entregárselo a los hombres, y después le mostró a su hijo Deucalión el modo de construir una gran nave con la que salvar al género humano del diluvio enviado por Zeus. Entonces, el padre de los dioses lo castigó de una forma terrible: eligió el lugar más desolado de la Tierra y allí lo encadenó a una roca. Todas las mañanas, un águila acudía a devorarle el hígado, que volvía a crecerle durante la noche. Cuentan que el lugar donde Zeus encadenó a Prometeo era precisamente una de las cumbres del Cáucaso. Creo que el dios no pudo hacer una elección más apropiada.

El cruce de la cordillera fue una pesadilla que aún no logro recordar sin sentir un nudo en la garganta. Estábamos a comienzos de la

¹² Bucéfalo incurre en el error, muy generalizado entre los griegos de su tiempo, de que la cordillera que estaban a punto de franquear era una prolongación de los montes del Cáucaso. En realidad se trata de un sistema montañoso diferente, conocido hoy en día como el Hindu Kush. La cordillera se extiende a lo largo de 1.600 Km., atravesando el territorio de los modernos Afganistán y Pakistán, y alcanza una altitud de más de 7.000 m.

primavera y la nieve cubría todavía los tortuosos pasos entre las cumbres. Durante el primer tramo de la ascensión encontramos algunos poblados, apenas unas docenas de cabañas enterradas bajo la nieve. Allí, en medio de aquella helada desolación, se hacinaban unas desdichadas criaturas que apenas merecían el calificativo de humanas. Eran hirsutos como lobos y huidizos como conejos. Su mirada era vacía, cuando no espantada. Recuerdo que empleaban a lo sumo veinte o treinta palabras para comunicarse y que subsistían en condiciones de miseria tales que nuestros soldados se negaron a buscar refugio en sus chozas, pues la sola visión de aquellos seres y el hedor que despedían era tan intenso que provocaba arcadas.

Pero lo que nos aguardaba más allá fue mucho peor. No había animales, ni pájaros, ni insectos, ni siquiera una brizna de hierba, tan sólo un manto blanco endurecido por las constantes heladas. Cada mañana despertábamos con los miembros entumecidos por el frío y la sensación de que aquél iba a ser el último amanecer que contemplarían nuestros ojos. Hombres y bestias avanzábamos penosamente, viendo cómo nuestro aliento entrecortado salía en forma de blanco vapor. «Es el espíritu, que nos abandona», decían algunos, y puede que tuvieran razón.

Cada paso que dábamos suponía un enorme esfuerzo de voluntad. Muchos fueron los que sucumbieron a la desesperación y se tendieron al borde del camino para aguardar la muerte. Alejandro, que recorría sin descanso la columna de un extremo a otro, los obligaba a levantarse y seguir caminando. A algunos ni siquiera las palabras de ánimo del rey les hacían reaccionar. Es la única ocasión en que he visto a Alejandro abofetear a sus hombres.

La creciente altura empeoró aún más unos sufrimientos que a todos se nos figuraban ya insoportables. El resplandor de la nieve taladraba nuestros ojos y nos provocaba un dolor atroz. Los hubo que quedaron totalmente ciegos y se vieron obligados a avanzar sujetos a gruesas cuerdas, al igual que aquellos desgraciados que nos salieron al encuentro en las cercanías de Persépolis. Las pieles y mantas con las que los hombres se protegían del frío no servían de gran cosa: los dedos de los pies y de las manos se tornaban insensibles y adquirían un matiz azulado. Después se experimentaba la sensación de que la carne estaba siendo taladrada por miles de agujas. Entonces sobrevenía la gangrena. Los afortunados perdieron sólo algunos dedos. Los que no lo fueron, tuvieron al menos el consuelo de una muerte rápida.

Comenzaron a escasear las provisiones. Las mulas y caballos que sucumbieron al frío y al agotamiento fueron devorados crudos, sin dar tiempo a que su humeante carne se congelara. Fue necesario improvisar un cuerpo de vigilancia para impedir que los soldados sacrificaran a los que aún sobrevivían.

El consumo de vino fue prohibido durante toda la marcha. Bajo sus efectos desaparecían los violentos temblores y se amortiguaba la sensación de frío, lo que aliviaba enormemente el suplicio, pero al tiempo los hombres se volvían más vulnerables a los efectos de las bajísimas temperaturas. Emborracharse en aquellas condiciones equivalía a una muerte segura, aunque he de decir que muchos lo hicieron a escondidas, aun conscientes de lo que les esperaba; simplemente habían sufrido tanto que ya no les importaba morir. También hubo muchos que, sin haber bebido, presentaban síntomas idénticos a los de una borrachera: se les veía eufóricos y despreocupados, fanfarroneando al igual que lo harían en una taberna. Poco después, su euforia pasaba y comenzaban a quejarse de tremendos dolores de cabeza y oídos, boqueaban como peces fuera del agua y vomitaban hasta que no les quedaba nada en el cuerpo. Por último, caían en un letargo profundo del que casi ninguno despertaba. Los médicos no acertaban a comprender qué podía causar todo aquello. «Tal vez el agua —decían— o los alimentos corrompidos.» Alejandro consultó a los guías locales, quienes se encogieron de hombros y dijeron: «Es el mal de montaña». Ninguno de ellos añadió más explicaciones.

Imagino que nunca unos hombres se han encontrado tan cerca del cielo. Afirman que a los dioses les agrada morar en las más altas cumbres; debe de ser porque no están hechos de carne mortal. Por mi parte, jamás he sido tan consciente de mi propia mortalidad como durante los días que marchamos a través de aquel infierno blanco. Mi compañera y mi joven hija soportaron relativamente bien los enormes rigores. Yo, en cambio, estaba cada día más seguro de que mi fin se hallaba ya muy cercano. Aspiraba aquel aire enrarecido hasta que los pulmones me dolían, y sin embargo me sentía siempre al borde de la asfixia. Mantenerme en pie me resultaba una empresa casi imposible y el menor movimiento amenazaba con hacerme estallar el corazón. Alejandro estaba preocupado por mí. «Vamos, compañero —me dijo—. Me siento tan mal como tú. La sangre me zumba en los oídos y me da vueltas la cabeza. Tengo hambre y frío, pero no hemos llegado tan lejos para darnos por vencidos ahora. Recuerda lo que Aristóteles nos dijo en Mieza: «Desde lo alto del Cáucaso pueden divisarse las orillas del Océano». Estamos alcanzando los confines del mundo. Aguanta un poco más.» Le agradecí con un débil relincho sus esfuerzos por infundirme ánimos, pero creo que se engañaba. El Océano debía de estar mucho más lejos de lo que él pensaba, pues allí sólo había montañas, hielo y frío¹³. Contemplé su rostro quemado y su cuerpo consumido y me pregunté de dónde sacaba fuerzas para seguir en pie. Sin embargo, mi rey parecía un auténtico torbellino de actividad. Se le veía siempre de acá para allá, recorriendo la columna de un extremo a otro, alen-

¹³ Aristóteles ignoraba las auténticas dimensiones de Asia y no podía imaginar siquiera la existencia del subcontinente indio.

tando a sus hombres, ayudando a los que caían, soportando tantas penalidades como el que más, y todo ello sin abandonar jamás la sonrisa. Sentía tanta admiración por él que llegué a considerar seriamente la realidad de su naturaleza divina, pero, incluso así, no pude evitar una punzada de envidia. «Tú tienes veintiséis años y eres aún un hombre joven —pensaba—. En cambio, yo, con un año menos que tú, soy ya un caballo viejo y no sirvo para nada.»

Cuando comenzaron las ventiscas, la mayor parte de los supervivientes se habían resignado ya a morir. Muchas veces me he preguntado qué era lo que mantenía en marcha a aquella muchedumbre mientras la nieve les azotaba el rostro y el viento aullaba en sus oídos. Creo que sólo hay una respuesta posible: fue la voluntad de hierro de Alejandro, su espíritu inquebrantable, su pasión por la vida, lo que nos empujó a seguir adelante. Y de este modo, paso a paso, y tras haber dejado las montañas sembradas con los cuerpos sin vida de nuestros compañeros, emprendimos el descenso por la otra vertiente. Justo donde las nieves eternas acababan, Alejandro fundó una ciudad que recibió el nombre de Alejandría del Cáucaso, un recuerdo para las generaciones futuras de lo que, más que una gesta, fue un auténtico milagro. Ni la más sangrienta batalla se acercaba remotamente al horror que acabábamos de dejar atrás.

Bactria es una tierra de contrastes. Existen zonas fértiles donde se cultivan el trigo y la vid y abundan los pastos, pero la mayor parte de su territorio consiste en un interminable desierto arenoso en el que no crecen más que achaparrados arbustos. Tras soportar el terrible frío de las cumbres, el cruce del desierto se nos antojó casi un paseo. Nuestro destino era la ciudad de Bactras, donde Bessos había fijado cuartel general.

¿Quién habría podido suponer que aquellas remotas y desoladas regiones albergaban una ciudad tan hermosa? Fue precisamente allí donde el profeta Zaratustra lanzó el mensaje que barrió el Asia entera como una llamarada: los antiguos dioses de los arios, los *devas*, quedaron relegados a la condición de demonios. La historia del mundo se reduce a una lucha entre la luz y las tinieblas, entre Ahura Mazda, el Sabio Señor, y Ahrimán, la Mentira. El hombre es libre de elegir entre el bien y el mal; sin embargo, tras la muerte, tendrá que cruzar el puente del Elector, un espíritu encargado de juzgar las almas humanas. Los seguidores de la Ahrimán serán entonces arrojados a un abismo sin fondo. Los justos, en cambio, renacerán en la nueva Creación que tendrá lugar al final de los tiempos. De este modo, el hombre se convierte en responsable de su destino.

Y ya que he mencionado el destino, os diré que el de Bessos quedó sellado el mismo día en que supo que Alejandro y su ejército se aproxi-

maban a Bactras en formación de combate. Cuentan que en un principio se negó a creer la noticia. ¿Quién en su sano juicio se atrevería a cruzar las montañas en circunstancias tan adversas? Cuando nuestro avance fue confirmado, el usurpador no escatimó comentarios despectivos hacia Alejandro. No eran sus méritos, decía, sino la incapacidad de Darío para hacerle frente, lo que había permitido al «pequeño bárbaro» llegar tan lejos. Inmediatamente después abandonó la ciudad con todos sus efectivos. Quienes lo vieron alejarse afirmaron que estaba pálido como un cadáver.

Bactras se convirtió en una ciudad abierta. La tomamos sin derramar una sola gota de sangre. Los ingenios de sitio que Alejandro había ordenado construir en previsión de un largo asedio hubieron de esperar una mejor ocasión. Muchos se preguntaban si el rey emprendería la persecución de Bessos o bien optaría por el regreso. Pienso que ya conocéis lo suficiente el talante de Alejandro como para adivinar la respuesta.

El anciano Artabazo fue nombrado sátrapa de Bactria y permaneció en la ciudad al mando de una guarnición; el resto del ejército se puso de nuevo en camino. Suponíamos que los planes de Bessos consistían en alcanzar la región montañosa al este de la Sogdiana, un auténtico laberinto de gargantas y desfiladeros, y quebrar allí nuestro avance mediante una estrategia de desgaste. Nuestro ejército estaba ya preparado para tal eventualidad, pero Alejandro prefería dar caza a Bessos antes de que lograra alcanzar las montañas.

La marcha hacia el norte fue un suplicio casi comparable al cruce del Cáucaso. Las tropas de Bessos lo habían arrasado todo a su paso, privándonos de la posibilidad de abastecernos de alimentos sobre el terreno. A la vista de los campos quemados y los rebaños muertos, los hombres estuvieron a punto de desfallecer. Pero aún fue mayor su consternación cuando alcanzamos las riberas del río Oxo.

Nos encontrábamos a comienzos de la primavera. El deshielo había comenzado en las montañas, y el río, cuyo caudal era imponente incluso en la estación seca, descendía con la fuerza de un mar embravecido. Muy lejos, en la orilla opuesta, alcanzamos a ver los destrozados restos de las balsas que Bessos había usado para cruzar. Los escasos bosques que nos habrían podido proveer de madera para construir nuevas embarcaciones habían sido incendiados. Los vados, en caso de existir, resultarían impracticables. Muchos fueron los que se preguntaron si Alejandro les pediría que cruzaran el río a nado.

Por suerte, ninguno de ellos tuvo que nadar. Alejandro ordenó que las pieles que los soldados usaban para levantar las tiendas fueran cosidas con fuertes cuerdas y llenadas de paja seca. Obtuvimos así un buen número de improvisadas balsas con las que abordar el cruce del río, lo que no resultó, sin embargo, una empresa sencilla. Los macedonios nunca han sido un pueblo de navegantes. La mayoría de ellos estaban más aterrorizados de lo que jamás los he visto en la vis-

pera de una batalla. Fue Aristandro, el adivino, el que una vez más salvó la situación. «La ninfa del río —proclamó— se me ha aparecido en sueños. Nuestros sacrificios le han sido gratos. Crucemos las aguas sin miedo, puesto que estamos bajo su protección.» Yo siempre he sido escéptico con respecto a los sueños y visiones de Aristandro. Sé de buena tinta que, cuando ningún inmortal se dignaba enviar una señal, era el propio Alejandro quien inspiraba al adivino. De todas formas, puesto que ya nadie se atreve a negar la naturaleza divina de mi señor, no veo que haya sacrilegio en ello.

He dicho que los hombres no tuvieron que nadar, tan sólo dejarse la vida en los remos y rogar con toda su alma que la corriente no hiciera volcar las balsas. Los caballos, en cambio, sí que tuvimos que hacerlo. En mi calidad de caballo del rey, quise dar ejemplo a todos los demás. Mi familia y yo fuimos los primeros en cruzar. Nos sujetaron a una de las balsas con fuertes cuerdas y los tres avanzamos hacia la corriente con la cabeza muy erguida. *Ishtar*, mi compañera, era todavía joven; *Andrómeda* era ya tan fuerte y valerosa que habría podido cruzar a nado el mismísimo Océano de habérselo propuesto. En cuanto a mí, os diré solamente que tan pronto como mis cascos perdieron el contacto con el lecho del río, pensé que mi muerte era cosa segura. Moví las patas a un ritmo vertiginoso, me esforcé hasta la extenuación por mantener la cabeza fuera del agua, incluso me encomendé a Poseidón, dios protector de los caballos y señor de las aguas. De nada sirvió. Conforme me abandonaban las fuerzas, me hundía cada vez más en aquel atronador torbellino. Mi cabeza desapareció bajo la superficie y se hicieron súbitamente la oscuridad y el silencio. «De acuerdo —pensé con extraña calma—, esta vez sí que me ha llegado la hora. Dicen que si uno se resigna y aspira el agua la muerte es dulce y rápida.» Me disponía ya a hacerlo cuando noté que alguien me agarraba del cuello. Puede que os cueste creerlo, pero, al ver lo que estaba a punto de ocurrir, Alejandro se había zambullido en el río y había nadado hacia mí. El contacto de sus brazos en torno a mi cuello me devolvió el deseo de seguir con vida. Me impulsé hacia arriba flexionando frenéticamente las patas traseras, como si estuviera saltando un obstáculo, y así logré salir de nuevo a la superficie. Entonces vi su rostro. «No intentes luchar contra la corriente —me dijo con suavidad—. Limitate a permanecer a flote. Los hombres de la balsa nos remolcarán hasta la otra orilla». De este modo, tras ser arrastrados a lo largo de dos o tres estadios río abajo, mis patas tocaron de nuevo tierra firme. Me sentía helado, agotado y viejo. Alejandro, que siempre ha sido un pésimo nadador, estaba también extenuado, pero aun así intentaba reanimarme con caricias y palabras de ánimo. Sin embargo, yo era consciente de que tras su sonrisa se escondía una honda preocupación. Acababa de darse cuenta de que mi vida útil había llegado a su fin.

Empleamos cinco días en consumir el cruce del río Oxo. Entretanto, Bessos y los suyos nos habían tomado una considerable ventaja. «Jamás lograremos alcanzarlo antes de que llegue a las montañas», se lamentaba el rey una y otra vez. Y, sin embargo, fue la terrible fama que precedía a Alejandro la que hizo el trabajo. Cuando la noticia de que habíamos logrado cruzar el Oxo llegó a oídos de los rebeldes, Espitámenes, el hombre de confianza de Bessos, nos envió una embajada para negociar la entrega de su señor. Tolomeo partió de inmediato al frente de un fuerte destacamento compuesto por 1.600 jinetes y 4.000 infantes. Avanzando a marchas forzadas, alcanzaron la aldea donde los persas habían fijado su último campamento al cabo de cuatro días. El lugar estaba desguarnecido, lo que hizo pensar a Tolomeo que la oferta de Espitámenes no era más que una argucia. Entonces se oyeron gemidos procedentes de un mísero cobertizo. En su interior, el «Gran Rey Artajerjes IV» yacía encadenado sobre un montón de estiércol. Según relató Tolomeo, su apariencia era tan patética que casi sintió compasión por él.

Pero aún más indigna era la situación en que lo encontramos cuando el grueso del ejército alcanzó el lugar. Por orden de Tolomeo, Bessos había sido totalmente despojado de sus ropas y amarrado a un árbol que crecía al borde del camino. Ya referí en otro momento de esta historia que para los persas no hay escarnio mayor que ser expuestos desnudos en público. El antiguo sátrapa, sometido al castigo que su pueblo reserva para los criminales, tiritaba de frío, pero su rostro ardía de vergüenza.

—¿Por qué tramaste el asesinato de Darío —le increpó Alejandro—, tu pariente y benefactor? ¿No te ataba a él un juramento de fidelidad? ¿O quizá no sabías que la persona del rey es sagrada?

Bessos se atrevió por fin a alzar los ojos y mostró la mejor de sus sonrisas.

—Lo hice por ti, señor. Él era indigno de la corona de Persia. Su muerte era la única forma de asegurar que tú le sucedieras en el trono.

—Ya comprendo —replicó Alejandro sin intentar disimular su desprecio—. Y ése fue también el motivo que te llevó a usurpar el título de rey acto seguido. En mi calidad de sucesor legítimo de Darío, me asiste el derecho de ordenar tu ejecución inmediata, pero no deseo mancharme las manos con una sangre tan vil como la tuya. Serán tus propios compatriotas quienes se encarguen de juzgarte.

El prisionero fue confiado a Oxatres, el hermano de Darío, quien lo condujo a Ecbatana para ser sometido a juicio ante un tribunal persa. Antes de partir, y siguiendo una costumbre ancestral, le fueron cercenadas la nariz y las orejas. No pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que Bessos había sido condenado a morir de una forma atroz. Quien había asesinado a su propio rey, pudo comprobar a qué sabe la traición.

Maracanda es la ciudad principal de la Sogdiana y, para nuestra gran sorpresa, una de las más prósperas del imperio. Los mercados, las calles, las tabernas, cualquier lugar era apropiado para comerciar con mercancías sobre cuyo origen tan sólo se podían hacer conjeturas. Un abigarrado olor a especias, perfumes exóticos y boñiga de camello impregnaba cada rincón de aquella ciudad, un auténtico hervidero de comerciantes que voceaban sus mercancías en infinidad de lenguas y ponían a mil dioses diferentes como testigos de su honradez. Vimos cómo se mesaban las barbas con fingida desesperación, cómo se retorcián las manos y se llamaban ladrones, estafadores e insultos aún peores. Pero poco después, cuando el trato había quedado cerrado, siempre se reunían en una taberna para apagar la sed y olvidar las fatigas del largo viaje entre los brazos de una prostituta. He visitado infinidad de países y en todos ellos los mercaderes se comportan de forma idéntica. Tal vez el comercio sea el único lenguaje realmente universal.

No transcurría un día sin que nuevas caravanas llegaran a Maracanda. Muchas de ellas procedían de las tierras que se encuentran más allá del río Indo. Hileras interminables de camellos y mulas transportaban artículos que después alcanzarían precios astronómicos en los mercados de Persia, Jonia y Occidente: finísimos objetos labrados en oro o marfil, cuajados de perlas y piedras preciosas, especias, resinas aromáticas, tejidos, perfumes e incluso criaturas vivas como monos y pájaros de bellísimo plumaje. Pero de todas las valiosísimas mercancías con las que se comercia en aquella ciudad, la más preciada es sin duda la seda.

Nadie sabe a ciencia cierta de dónde proviene, y su elaboración es uno de los secretos más celosamente guardados de todo el Oriente. Hay quien afirma que se obtiene de una planta similar al algodón de la India. También se cuenta que en realidad la fabrican unas arañas enormes, tan grandes como carneros, que se sirven de ella para tejer monstruosas telas donde atrapan a animales y a hombres. Nada de esto es seguro. Pero lo que sí puedo afirmar es que no existe una fibra que pueda superar a la seda en belleza, brillo o suavidad. He visto prendas confeccionadas con este tejido que parecen relucir con todos los colores del arco iris, y, según los pocos afortunados que pueden permitirse adquirirlas, su tacto es como la caricia de una hermosa mujer.

El enigma de la seda despertó inmediatamente la curiosidad de Alejandro. Así pues, interrogó a docenas de mercaderes y caravaneros, a los que ofreció sumas enormes por la preciosa información. Pero fue inútil, pues todos ellos juraron desconocer el secreto. Tan sólo pudieron revelarle que para obtener la preciada mercancía es necesario encaminarse hacia el este, siguiendo una ruta casi desconocida que se interna en el desierto. Tras varios meses de marcha, decían, se llega a

las tierras donde la seda tiene su origen: un territorio de una vastedad inconcebible, dividido en media docena de belicosos reinos. Al parecer, estas tierras están habitadas por hombres de ojos rasgados y piel pálida cuya lengua es similar al canto de los pájaros.

Alejandro meditó largamente sobre esta sorprendente noticia, que, lejos de excitar su inagotable imaginación, lo sumió en el desaliento. Sus planes de unificar todo el mundo habitado en un solo imperio, cuya consumación ya creía próxima, acababan de recibir un serio revés. «Siempre hay más tierras, más hombres —lo oí lamentarse—. ¿Me bastará con una sola vida para alcanzar mi meta?»

De todas formas, no había tiempo que perder en lamentaciones. La captura de Bessos y la entrada del ejército en la Sogdiana no suponían que la conquista del antiguo imperio aqueménida hubiera culminado. Ciro había fijado la frontera norte de sus dominios en el río Yaxartes, donde había ordenado la construcción de siete ciudadelas poderosamente fortificadas que sirvieran de dique contra los ataques de las hordas escitas. Los señores de aquellas fortalezas se habían negado a aceptar la soberanía de Alejandro y su actitud era de abierta beligerancia contra los macedonios. Era necesario derrotar a sus guarniciones, apoderarse de las fortalezas y apuntalar sólidamente la frontera nororiental del imperio. La maquinaria de la guerra estaba a punto de ponerse de nuevo en marcha.

Por aquellos días, yo me había convertido ya en un pálido reflejo del magnífico caballo que fui en mi juventud. A mis muchos años, se habían sumado las numerosas heridas de guerra recibidas en batalla y, sobre todo, las penalidades sufridas en los meses recientes. Me sentía permanentemente agotado; mi respiración se había convertido en un penoso estertor; el menor esfuerzo hacía que mi corazón cabalgara como un potro sin freno. Alejandro me cuidaba con una solicitud que a muchos se les figuraba indigna de un rey, pero resultaba evidente que mis días de gloria habían quedado ya muy atrás. ¿Quién habría podido reconocer en aquel jamelgo de patas flacas y pecho hundido al legendario Bucéfalo que un día provocara la admiración de toda la Hélade?

Por el contrario, mi hija *Andrómeda* había alcanzado ya la cúspide de sus facultades físicas. Recuerdo que durante mi primera visita a la Acrópolis de Atenas me llamó la atención una de las figuras que adornan el frontón oeste del templo de Palas Atenea. Representaba a uno de los caballos que tiran del carro de Poseidón, un animal poderoso, bellissimo, enorme, esculpido con tal realismo que me pareció oírlo relinchar. Pues bien, si habéis tenido la suerte de ver esa escultura, tendréis una idea muy aproximada del aspecto que mi hija *Andrómeda* tenía ya por aquellos días. A sus escasos dos años de edad, parecía reunir todas las cualidades que, según los entendidos, deben adornar

al caballo de batalla ideal. A ello se le sumaba un temperamento indómito, una energía arrolladora y una belleza que sobrecogía a cuantos la observaban. Alejandro insistió en que su doma y posterior entrenamiento de combate comenzaran precozmente. Él sospechaba desde tiempo atrás que mi vida activa estaba llegando a su fin, y que la única forma de que yo aceptara el retiro sin sentirme herido sería que mi propia hija me sucediera. Así me lo explicó, y así fue como una mañana los vi partir hacia el norte, a la cabeza del ejército, provocando murmullos de admiración entre la tropa y los curiosos. No sabría decirlos cuál de las emociones encontradas que sentí era más intensa: el orgullo de ver a mi hija convertida en el caballo de combate de Alejandro o el dolor de no ser yo mismo el que ocupara su lugar.

La campaña del Yaxartes se prolongó durante toda la primavera y gran parte del verano. Entretanto, no tuve más remedio que hacerme a la vida del veterano retirado. Me pregunto qué habría sido de mí sin la compañía y el amor de *Ishtar*. Seguramente, el alejamiento de la vida activa a la que estaba habituado me habría hecho sucumbir al tedio y la desesperación. He de señalar, sin embargo, que el mío fue un retiro dorado, rodeado de comodidades y atenciones que habrían hecho palidecer de envidia a cualquier ex combatiente. Gracias a ello, mi salud mejoró notablemente. Comencé a notar en mi interior energías que creía agotadas para siempre, lo que hizo nacer en mí esperanzas de que Alejandro consintiera un día en devolverme mi anterior posición. Ni por un momento pensé en el daño que eso causaría a mi hija. Dicen que la vejez vuelve a los hombres egoístas. Lo mismo nos ocurre a los de mi especie.

La marcha de Alejandro con el ejército envalentonó a los jefes sogdianos con quienes se habían firmado alianzas. Seguramente recordaréis a aquel Espitámenes que había puesto a Bessos en nuestras manos. Él fue quien se encargó de sembrar la rebelión por todo el país. Maracanda y su guarnición fueron cercadas. Por primera vez tuve ocasión de vivir un sitio desde el punto de vista de los asediados.

Conforme avanzaban las semanas y nuestras provisiones disminuían, la situación comenzó a tornarse crítica. El cerco impedía la llegada de noticias, lo que alimentaba los rumores: un día corría la voz de que nuestro ejército había sufrido una gran derrota y de que el rey había muerto; al día siguiente se decía que las tropas, con Alejandro al frente, se encontraban a tan sólo unos cientos de estadios de distancia, con lo que nuestra salvación se nos figuraba inminente. A Clito el Negro, el general al mando de la guarnición, lo consumía la incertidumbre. Todos los correos que envió hacia el norte fueron interceptados. El sitio al que nos sometían las tropas de Espitámenes era tan férreo que parecía imposible romperlo con nuestros escasos efectivos. Después de todo, mi retiro no estaba siendo tan apacible como yo pensaba.

Un buen día, cuando Clito estaba comenzando a considerar la idea de un ataque desesperado, los persas levantaron el cerco y desaparecieron. Aquella súbita retirada sólo podía obedecer a un motivo. No pasó mucho tiempo antes de que Alejandro hiciera su entrada en Maracanda. Tenía un aspecto terrible: estaba pálido y demacrado, con una pierna entablillada y un parche sobre el ojo izquierdo. Más que de la frontera del Yaxartes, parecía que acababa de retornar del mismísimo reino de los muertos. *Andrómeda*, por su parte, lucía ya con orgullo varias cicatrices de guerra. Apenas pude contener la impaciencia por que me pusiera al corriente de todo lo acaecido en los últimos meses.

El preciso y lacónico relato de mi hija me convenció de que carecía por completo del talento de narrar historias. Desgranaba las fechas, los movimientos de tropas y el número de efectivos del enemigo de una forma mecánica que a mí me resultaba exasperante. «Veo que te has convertido en un soldado —pensé—, pero ojalá los dioses te hubieran concedido un poco más de imaginación.» Incluso así, su frío relato me mostró atisbos de la dureza y riesgo que habían caracterizado la reciente campaña.

Supe de este modo que Alejandro se había lanzado contra las fortalezas rebeldes como un huracán. Cinco de ellas fueron tomadas en tan sólo dos días. El sólido y bien fortificado bastión conocido como Cirópolis opuso, en cambio, una encarnizada resistencia. La flamante maquinaria de asedio tuvo por fin la oportunidad de entrar en acción. Pero mientras los artilleros macedonios competían en convertir la muralla en cascotes y sembrar el pánico entre la guarnición, Alejandro buscaba la manera de abreviar lo que amenazaba con convertirse en un largo asedio. Fue entonces cuando los exploradores informaron de que el canal que abastecía de agua a la fortaleza se encontraba prácticamente seco debido a la ausencia de lluvias. El rey concibió una operación tan arriesgada como brillante: encabezando un grupo selecto de hipaspistas, arqueros y agrianos, logró franquear la muralla a través del túnel que conducía el agua hasta el interior del recinto. No pasó mucho tiempo antes de que las puertas de Cirópolis se abrieran y la resistencia fuera aplastada. Cuentan que la ciudad de Troya fue derrotada gracias al truco del caballo de madera. Pues bien, en esta ocasión Alejandro logró hacerle sombra al mítico Odiseo.

Prosiguiendo con su relato, *Andrómeda* me contó que Alejandro decidió entonces fundar una nueva Alejandría junto al río Yaxartes, frontera natural del imperio persa. Más allá de este río se extiende un océano de estepas infinitas y casi desiertas, surcado tan sólo por las tribus nómadas de los sakas, nombre que dan los persas a los escitas asiáticos. Tan pronto como el perímetro de las murallas estuvo trazado, se presentó en el campamento una embajada escita para tratar de disuadir a Alejandro del cruce del río. «Nuestro país es tan extenso

que tu ejército se perdería en él como un solo grano de arena en el desierto —le dijeron—. No intentes atacarnos o perecerás al poco de poner el pie en nuestras tierras, tal y como le ocurrió al mismo Ciro.» Mientras tanto, una horda enorme de guerreros a caballo secundaba los argumentos de los embajadores desde la otra orilla, agitando sus armas y profiriendo bravuconadas en su idioma. Sospecho que entre los planes de Alejandro no figuraba el cruce del Yaxartes, y mucho menos acometer la conquista de los territorios desconocidos que se extendían al otro lado. Sin embargo, las amenazas de los embajadores sonaron en sus oídos como un desafío, y Alejandro nunca ha rehusado un desafío: las tropas cruzaron el río cubiertas por los disparos de la artillería, derrotaron y pusieron en desbanda a los escitas y obtuvieron la sumisión de sus principales caudillos. Fue entonces cuando el rey supo la noticia de la rebelión de Espitámenes y el asedio de Maracanda, lo que le obligó a emprender el regreso. Jamás un ejército heleno había llegado tan lejos y, como testimonio de ello, las murallas de Alejandría *Escaté* —la Alejandría Última— se alzan en los confines del mundo habitado.

El precio que Alejandro hubo de pagar por esta gloriosa campaña fue alto. De las varias heridas que recibió en combate, hubo tres que fácilmente habrían podido causar la muerte: una piedra le golpeó la garganta y lo privó del uso de la voz durante varios días, lo que le obligó a transmitir sus órdenes por escrito. Poco después, una flecha enemiga se le clavó en la pierna y le partió el hueso, al tiempo que le provocaba una gran hemorragia. Por último, recibió un impacto de honda en plena sien. Incluso me pareció percibir cierta emoción en la voz de mi hija mientras me relataba que en aquel momento todos dieron al rey por muerto. Transcurrió un día entero antes de que lograra recuperar la conciencia y durante semanas sufrió desfallecimientos y violentos dolores de cabeza. Pero no fue esto lo peor, ya que con el tiempo se hizo evidente que el tremendo golpe habría de costarle la visión de su ojo izquierdo, que comenzó a nublársele poco a poco hasta apagarse por completo. Recuerdo que la primera vez que lo vi sin su parche sentí un escalofrío: la pupila permanecía dilatada e inmóvil, sin responder a los cambios de luz; el iris había perdido su hermoso color verde pálido y había adquirido un matiz pardo y opaco; su mirada se había tornado extraña, casi inhumana. «No te inquietes, Bucéfalo —me dijo—. Si Filipo se las arregló bastante bien con un solo ojo, ¿acaso no podrá hacerlo también su hijo?»

Pero de todas las penalidades que Alejandro sufrió durante la campaña del Yaxartes, pienso que la que tuvo consecuencias más funestas fue la disentería que le provocó el beber agua corrompida. Fue en pleno combate contra los escitas; los pozos y manantiales escasean en las estepas asiáticas y la sed comenzaba a causar estragos entre los soldados. Alejandro sucumbió a la tentación de beber agua de una charca estancada y llena de inmundicia. La violenta diarrea que esto le pro-

dujo estuvo a punto de agotar sus ya minadas fuerzas, pero lo más grave fue que el peligro del agua en mal estado le hizo habituarse al fuerte vino de la región, que además los nativos beben puro. Cuando regresó a Maracanda, lo consumía ya sin ninguna moderación. Este hecho y su propia naturaleza apasionada desencadenaron el drama que me dispongo a relataros.

A fin de dar una versión lo más fiel posible de estos graves acontecimientos, creo que debería remontarme a aquel desgraciado episodio de la postración. Tal vez recordéis que el protocolo de la corte persa dicta que todos han de tenderse de bruces sobre suelo ante la presencia real. Este saludo es fruto de la costumbre y no simboliza más que el respeto que todo súbdito le debe a su monarca. Los helenos, sin embargo, sólo conciben la postración —la *proskynesis* en su lengua— como una señal de sumisión ante la divinidad. Para ellos, el que un hombre se tienda en el suelo ante otro representa el colmo de la humillación y la barbarie. Es famosa la historia de los dos enviados espartanos que se negaron a postrarse ante el rey persa Jerjes, desafiando así la muerte.

Pues bien, ya os he relatado que por aquellos días en la corte de Alejandro había tantos macedonios como persas, medos y miembros de otras naciones conquistadas. Los macedonios encontraban escandaloso y degradante que los bárbaros se postraran ante Alejandro. Los persas, por su parte, no concebían que el rey consintiera que sus compatriotas lo trataran como a un igual. Aquella era una fuente constante de malestar y rencillas a la que mi señor decidió poner fin. Alejandro quería ser el rey de todos, por lo que todos habían de ser tratados del mismo modo. La alternativa consistía en convencer a los ceremoniosos persas de que se olvidaran del rígido protocolo palaciego, o bien imponer la postración a los macedonios. Tras larga meditación, el rey optó por lo segundo. Temo que en esta ocasión se equivocó.

Al objeto de que todo se desarrollara de la forma más natural posible, Alejandro decidió solicitar la ayuda de Hefestión y el resto de sus amigos íntimos. También buscó la complicidad de un sofista llamado Anaxarco, natural de Abdera. Se trataba de uno de los muchos aduladores que se arracimaban en torno al rey en busca de sus favores, y que no puso por ello la menor objeción a prestar su ayuda. Durante una recepción informal a la que tanto macedonios como persas serían invitados, Anaxarco pronunciaría un elogio de la figura y las hazañas de Alejandro, que en todo igualaban o superaban a las de los dioses. El discurso culminaría con la petición de que al rey le fueran tributados en vida honores divinos. Quedó convenido que en ese momento los persas se levantarían por turno para realizar la postración, seguidos por Hefestión, Seleuco, Pérdicas y todos los demás. Alejandro suponía que incluso los macedonios más reticentes se sentirían obliga-

dos a obrar de la misma forma, con lo que la costumbre quedaría impuesta de forma aparentemente espontánea y sin intermedio de coacción alguna. En teoría se trataba de un plan excelente. Siempre me he preguntado cómo Alejandro, acostumbrado a esperar lo imprevisible, pudo fracasar tan estrepitosamente en esta ocasión.

En un principio todo se desarrolló según lo previsto. Los oficiales macedonios más antiguos, aquellos que habían luchado con Filipo y se habían emborrachado con él, torcieron el gesto al ver aparecer a Alejandro con sus ya habituales ropas persas. También expresaron su disgusto cuando vieron que el rey dedicaba a los bárbaros las mismas atenciones que a ellos. Después todos comenzaron a beber y conversar, con lo que el ambiente se relajó considerablemente. Fue entonces cuando Anaxarco se puso en pie para pronunciar su discurso. Alejandro me dijo que, mientras el sofista hablaba, él se dedicó a estudiar la expresión de los macedonios que no estaban al tanto de la artimaña, intentando prever cuál sería su reacción al final del discurso. «No parecían siquiera estar escuchando. Seguramente estaban más interesados en sus copas de vino que en cualquier otra cosa.» No se le pasó por alto, sin embargo, la expresión indignada de Calístenes, quien no hacía el menor esfuerzo por disimular su escándalo. «¿Quién habría podido esperar que fuera precisamente ese cretino el que diera al traste con mis planes?» Y sin embargo fue precisamente Calístenes quien, antes de que Anaxarco concluyera, se puso en pie para replicarle. «¡Maldita sea! —me dijo Alejandro— Y además estuvo brillante. Hubo momentos en que me pareció que, en lugar de Calístenes, era el mismísimo Demóstenes quien estaba hablando.» Con gran elocuencia y dignidad, aquel hombrecillo que nunca había resaltado por nada salvo su servilismo, hizo trizas los argumentos de Anaxarco para rendirle al rey honores divinos. «Y tengo por seguro que no será Alejandro, el mejor de los hombres, el más regio rey y el más valeroso de todos los generales, quien consienta que se ofenda a los dioses con un sacrilegio tal, ni quien obligue a los helenos, que son los hombres que en mayor aprecio tienen su libertad, a aceptar la odiosa vejación de la *proskynesis*», fueron las últimas palabras del discurso de Calístenes. «Y entonces todos los macedonios comenzaron a aplaudir entusiasmados —me contó Alejandro—. Me sentía tan furioso que podría haber estrangulado a aquella sanguijuela con mis propias manos. ¿Pero acaso me había dejado alternativa? No tuve más remedio que fingir una sonrisa y darle la razón.»

Habéis de saber que, mientras todo esto ocurría, los invitados persas no habían comprendido ni una sola de las palabras pronunciadas. De hecho, al observar que los macedonios prorrumpían en aplausos, pensaron que había llegado el momento de cumplir su parte del plan. Uno tras otro, se levantaron y realizaron la postración ante Alejandro. «La situación era tan grotesca que, con el fin de salvar su orgullo, no se

me ocurrió otra cosa que premiar su lealtad besándolos en la mejilla. Según sus costumbres, con este gesto los distinguía como parientes reales y hombres de mi entera confianza.» Lo cierto es que aquella deferencia de Alejandro sólo sirvió para exacerbar los ánimos de los macedonios, quienes asistieron a la escena con una mezcla de burla e indignación. Ocurrió entonces que uno de los dignatarios persas, un hombre rollizo y entrado en años, tropezó con un pliegue de la alfombra cuando se disponía a inclinarse, lo que le hizo rodar por el suelo con gran estrépito. Mientras Alejandro se apresuraba a ayudarlo a ponerse en pie, uno de los macedonios dejó oír una sonora carcajada. «No pude dominarme —admitió Alejandro—. Corrí hacia él y lo saqué de la sala a puñetazos. Después grité que me dejaran solo.» Primero salieron los persas, quienes seguían sin comprender nada; a continuación, lo hicieron los macedonios. A pesar de su enojo y su vergüenza, Alejandro no dejó de reparar en dos detalles: el jocoso comentario de Calístenes, quien abandonó la sala murmurando: «¡Vaya! Parece que nos hemos quedado sin beso», y, sobre todo, la intensa mirada de reproche que el viejo Clito le dirigió.

Pienso que aquél fue precisamente el origen del penoso altercado entre Alejandro y Clito, que tan funestas consecuencias habría de acarrear. Ocurrió algunos días más tarde, cuando los ánimos del rey ya se habían serenado. Bien sabéis que Alejandro valora la amistad y la lealtad por encima de todo; por ello, el recuerdo del lamentable episodio de la *proskynesis*, que sin duda había abierto una profunda brecha de rencor entre él y sus hombres, le causaba una honda preocupación. Decidió entonces intentar que las cosas volvieran a su cauce habitual. Sus viejos camaradas serían invitados a un gran banquete. En esta ocasión no habría persas presentes. Beberían y comerían juntos, contarían chismes, cantarían canciones subidas de tono y recordarían viejas anécdotas y hechos heroicos. Sí, era sin duda la mejor forma de poner punto final a aquella situación. Alejandro eligió una de las fechas más destacadas del calendario macedonio, el día consagrado en honor de Dioniso, dios del vino y la locura. Cuentan que es Dioniso quien empuja a los hombres a cometer excesos y actos irracionales. Por ello no me cabe duda de que él fue el invitado de honor en aquella reunión.

Era ya bien entrada la noche. Como buenos macedonios que eran, todos habían consumido ya suficiente vino como para tumbar a una hiparquía entera de caballería, y en esta ocasión Alejandro no se había quedado atrás. Aunque sólo puedo reconstruir la escena a través de los relatos fragmentarios que alcancé a oír días más tarde, no supone un gran esfuerzo imaginar los innumerables brindis y el trasiego de los esclavos volviendo a llenar la crátera, los cánticos, las bromas,

las expresiones bobaliconas y ausentes y la forma en que la cordura se fue diluyendo lentamente en el vino hasta desaparecer por completo. Buena prueba de lo que digo es que tanto Alejandro como sus compañeros habían abandonado sin advertirlo el elegante heleno ático que todos empleaban desde los días de Mieza para deslizarse hacia la ruda lengua macedonia de su infancia.

Todo parecía ir bien. El ambiente era alegre y distendido. La vieja camaradería se había impuesto de tal forma que ni el más sutil observador habría sido capaz de distinguir en aquella reunión quién era el rey y quiénes los súbditos. Ése fue precisamente el momento que el sofista Anaxarco aprovechó para realizar su brindis.

Alejandro lo había invitado como deferencia por su ayuda en el frustrado plan que os he relatado anteriormente. Me imagino que en aquella reunión de soldados el erudito se sentía tan incómodo como un pez fuera del agua. ¿Por qué no había disculpado entonces su asistencia? El motivo habría que buscarlo en su ansia desmedida por adular al rey. Resulta evidente que aquel hombre ambicionaba la fama y fortuna por encima de todo y, puesto que el valor en la batalla no se contaba entre sus méritos, al menos deseaba asegurarse el puesto de primer parásito de la corte que Calístenes había dejado vacante.

El brindis de Anaxarco se transformó pronto en un florido discurso laudatorio en el que Alejandro fue comparado con los Dioscuros, con Heracles y quién sabe con quién más. Por desgracia, el rey se encontraba en esta ocasión demasiado borracho para apercibirse del mal efecto que aquellas palabras estaban causando en el auditorio. Por el contrario, aplaudía cada uno de los halagos de Anaxarco y lo animaba a proseguir con aquel vano elogio de su persona. Fue entonces cuando el sofista traspasó la línea de lo tolerable:

—Ya veis que las hazañas de nuestro bien amado rey pueden medirse sin menoscabo con las de los dioses y los héroes. Y, siendo esto así, yo os pregunto: ¿quién de vosotros se atrevería a mencionar el nombre de un mortal que pueda compararse con Alejandro? Pensemos en Filippo, por ejemplo, a quien se tenía por el más grande y glorioso de los reyes macedonios. ¿Acaso fueron sus proezas tan portentosas como se afirma? «Filipo puso de rodillas a los ilirios y los tracios», me diréis. Y yo os responderé: ¿son comparables esas escaramuzas contra bárbaros apenas civilizados con la conquista del colosal imperio de los reyes persas? Entonces alguien replicará «¿Y qué hay de la derrota de atenienses y tebanos en Queronea?» Pues bien, yo afirmo sin dudarle un solo instante que el mérito de aquella victoria no debe atribuírsele a Filippo, sino al valor y al genio de Alejandro, quien al frente...

—¡Y un cuerno!

Todos buscaron asombrados el origen de aquel grito. Al otro lado del salón, un tambaleante Clito lanzaba envenenadas miradas al ora-

dor. Alejandro saltó de su lecho como impulsado por un resorte. La ira y el vino desfiguraban su rostro.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar? Te ordeno que te calles.

—¡Cállate tú! Yo ya he guardado silencio durante bastante tiempo. He oído sin rechistar cómo se ofendía a los dioses, pero si crees que pienso morderme la lengua mientras este majadero mancilla la memoria de tu padre...

La voz de Alejandro restalló como la tralla de un látigo:

—¿Quién eres tú para hablarme de ese modo? ¡Sal de aquí inmediatamente!

—¿Y tú? ¿Quién crees tú que eres? ¿El hijo de Zeus? ¿El hijo de Amón? ¿Es eso lo que te cuenta esa camarilla de esclavos de la que te haces rodear? Déjame que me ría. Te conozco desde que naciste. Vi con mis propios ojos cómo mi hermana te amamantaba. ¿Has oído, Gran Rey? Mi hermana, la hija de un pastor, y no la diosa Hera, que fue quien dio de mamar a esos inmortales con los que ahora te codeas. Y te aseguro que eras un mocoso tan insignificante como cualquier hijo de vecino. Yo mismo te enseñé a sostener una espada cuando no levantabas ni cinco palmos del suelo. Después te convertiste en un buen general, lo reconozco. Pero dime: ¿acaso has llegado hasta aquí tú solo? ¿Quién convirtió Macedonia en el más poderoso de los estados de la Hélade? ¿Quién creó y entrenó el ejército que ha conquistado el Asia? ¿Quién separó a los hombres de sus rebaños y les puso una espada en la mano?

Alejandro respondió con la voz helada:

—¿Echas de menos a tus cabras, querido Clito? Te aseguro que eso tiene fácil solución.

Pero Clito, enardecido más allá de cualquier cautela, pasó por alto el comentario de Alejandro y prosiguió su discurso. Sus gritos aumentaron de volumen mientras cruzaba la sala señalando a Alejandro con un dedo acusador.

—¡Filipo! ¡Él lo hizo! Aquel de quien reniegas para proclamarte hijo de un fante egipcio con cuernos de carnero. Y lo único que tú has hecho es alzarte sobre los hombros de tu padre, que por cierto era cien veces más hombre que tú.

Las últimas palabras de Clito lograron que Alejandro perdiera la poca serenidad que le quedaba. Ante el silencio espantado de los demás invitados, el rey se abalanzó contra él al tiempo que desenfundaba su daga. Según supe, su expresión era tan terrible que causaba pavor. Incluso quienes lo conocían bien habrían encontrado difícil reconocer a Alejandro en aquel demonio de cabellos revueltos y ojos inyectados en sangre.

—¡Miserable! ¿Es así como me pagas? ¡Voy a matarte con mis propias manos!

Sólo la intervención de Hefestión, Pérdicas y Crátero, quienes a duras penas pudieron sujetar a Alejandro y desarmarlo, impidieron

que Clito muriera en ese mismo instante. Tolomeo, por su parte, sacó al viejo soldado a empellones de la sala.

—¿Conque ahora quieres matarme? —gritaba mientras salía—. ¡A mí, que te salvé la vida en el Gránico!

Los airados reproches de Clito siguieron resonando por los corredores del palacio:

—Si no te agrada que te digan la verdad, más vale que no invites a tu mesa a hombres libres que no temen hablar con franqueza. Llama a tus esclavos persas para que besen el suelo ante ti y te adoren como a un dios.

Cuando Alejandro logró por fin zafarse de sus compañeros, su rostro reflejaba un odio intenso. Muy lentamente, regresó a su trono y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Ahora sé lo que sintió Darío cuando fue traicionado por los suyos —dijo sollozando.

Y luego volvió a adueñarse de él la ira y comenzó a llamar a su guardia y a rugir el nombre de Clito.

¿Quién sabe el motivo que lo movió a regresar al salón de banquetes? Quizá algún dios cruel se apoderó de su mente y lo trajo de nuevo ante la presencia del rey. El caso es que todos observaron con estupor cómo Clito aparecía de nuevo en el umbral de la puerta.

—Aquí me tienes —dijo desafiante.

Alejandro se movió con tal rapidez que resultó imposible volver a contenerlo. Con la agilidad del resorte de una catapulta, saltó de su asiento, le arrebató la lanza a uno de los guardias y, con ella en ristre, acometió salvajemente contra Clito, quien se desplomó con un gemido. El aterrado silencio de los presentes sólo fue roto por el grito de dolor del rey. Mientras un charco de sangre se extendía en torno al cuerpo sin vida, Alejandro extrajo el arma de un tirón y, tras apoyarla contra la pared, se dispuso a abalanzarse sobre su punta.